

agenda cultural

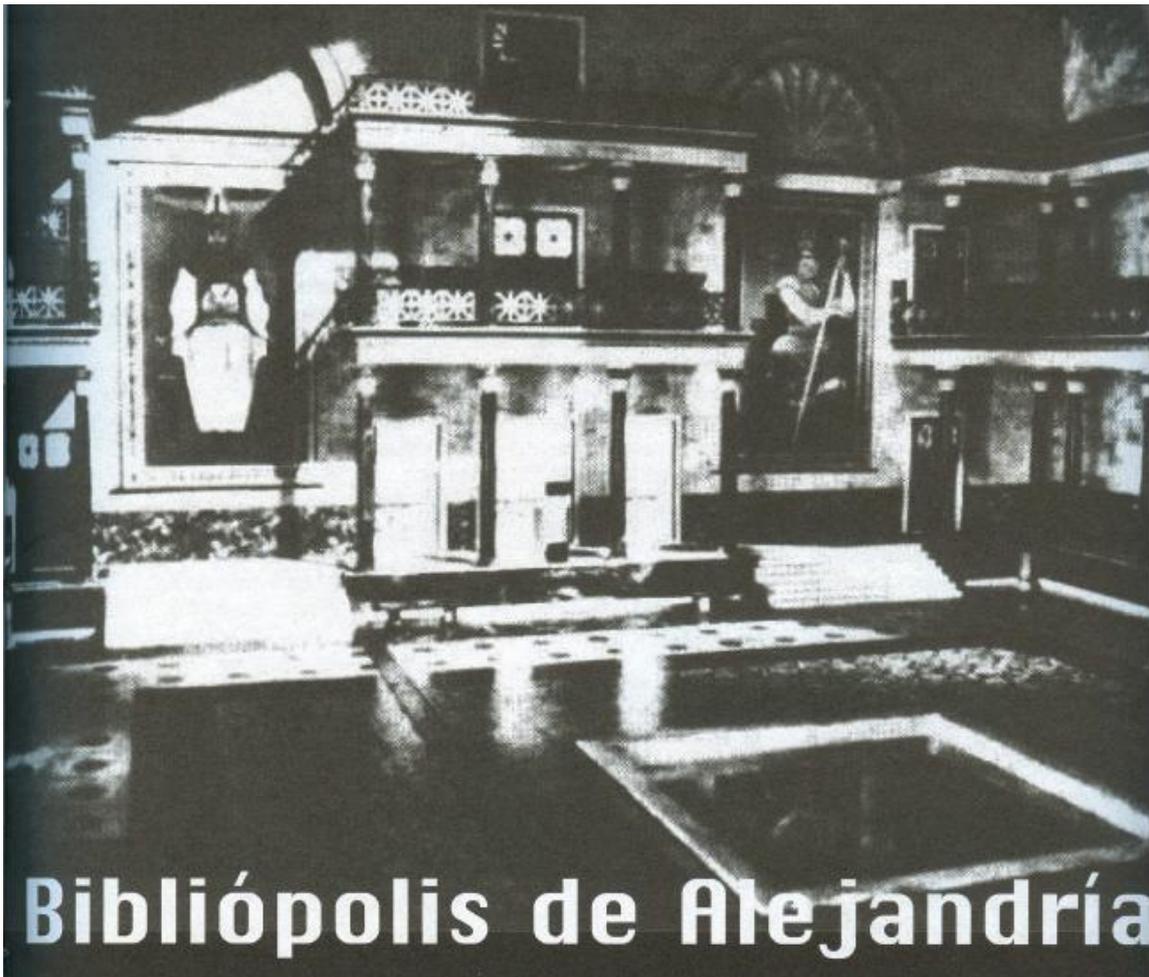
UNIVERSIDAD

ALMA
DE ANTIOQUIA
MATER



n° 118 febrero 2006 ISSN 0124-0854

biblioteca:
lugar sin límites



Por Alfonso Monsalve Solórzano *

El lector acabó *Fahrenheit 451* y se estremeció. Ray Bradbury se había imaginado una sociedad en la que desde el Estado mismo se perseguía la cultura y el saber hasta el punto de intentar quemar todos los libros. Entonces, para que el saber y la cultura acumuladas por la humanidad no desaparecieran para siempre, hubo hombres y mujeres que se aprendían de memoria un libro, que eran ellos mismos un libro, y que convirtieron el bosque, lugar de su exilio, en ciudad. Era una imagen terrible pero también

alentadora. Constituían la biblioteca más maravillosa que pudiera imaginarse: muchos árboles, pero más personas; libros, con ideas incompatibles entre sí, encarnados en personas que no se conocían o incluso se habían odiado, pero que hablaban entre ellas. Un sitio donde todos cabían, una ciudad en la que todo desacuerdo se sabía deudor de la necesidad de la común supervivencia: una sola persona-libro que muriera era el fin de un mundo. 1 Cuando la locura asesina mataba a una de ellas, algo definitivo se perdía en el universo.

Sin saber cómo o por qué, evocó al alejandrino Kavafis, el Poeta de La Ciudad, como lo llamó Durrell. Había escrito un singular canto: uno no puede irse de la ciudad en la que ha vivido su propia historia esencial. A donde quiera que vaya lo seguirá y todas las ciudades repetirán una y otra vez su biografía. Uno lleva sus recuerdos metidos en ella, urbe-memoria, y está destinado a morir y a vivir finalmente dentro de sus calles y muros, no importa dónde estén los muros o las calles que lo vean vivir o morir. Para Kavafis, cada uno de nosotros vive en su única ciudad. La intuición profunda del poeta era que toda ciudad que importa, aquélla en que tejemos nuestros sueños y nuestra vida cotidiana, es virtual. En realidad, no hay más ciudad que esta ciudad. Uno va con ella —la que sea— a todas partes, donde quiera que está la despliega y la construye.

Y, pensó el lector, si la intuición del poeta era correcta, como parecía serlo, su ciudad por excelencia, igual aunque distinto que para las personas-libro, era la biblioteca. Allí habían transcurrido muchas de sus mejores horas, reconocido los sentimientos e ideales más abyectos o sublimes. Pero sobre todo, y como resultado de la virtualidad, forjado sus mejores amistades y sus más hondos afectos.

Y de pronto, el lector entendió un contenido todavía más profundo en la metáfora de Kavafis, el alejandrino: él vivía en su ciudad porque pertenecía a una tradición que se inició hace mucho tiempo; fuera de ella no era

nadie, y la ciudad era el lugar de esa tradición. Por consiguiente, su ciudad hacía parte de una gigantesca urbe que cubría todas las bibliotecas. Allí donde existiese un solo libro, La Ciudad, Bibliópolis, se configuraba, y con ella, todo lo que hemos sido y somos. Ese era, lo entendió de pronto, el sentimiento que alimentaba a las personas-libro. Sí, razonó. Bibliópolis era una tradición cuyo origen estaba en Alejandría, la del Poeta, pero también, y no creyó que fuese una simple coincidencia, la del Faro 2. Alejandro había construido la Ciudad para inmortalizarse. Lo que no supo es que fue doblemente inmortal a causa de la Biblioteca.

De una manera natural, se le fueron presentando las características principales de Bibliópolis. En esta Ciudad virtual el tiempo era isotrópico, y por tanto, no existía la muerte, aunque uno se muriera. En los espacios de la biblioteca había disputado con Platón, Aristóteles y Kant sobre la justicia, visto trabajar a Marx en Londres sobre economía, seguido los pasos de Cervantes por la Mancha, descubierto el *ethos* de su soledad con García Márquez; y de paso, sonreído cuando encontró lo mucho que algunos de sus ciudadanos famosos presentaban como tuyas las ideas de otros, sin citarlos. Además, pensó en escribir al menos esta historia, que de publicarse lo convertiría en un habitante permanente de La Ciudad...

Por otra parte, la virtualidad que consistía en que La Ciudad está donde haya un libro, cobra

otro cariz con la virtualidad del ciberespacio, que paradójicamente la convierte en realidad: cualquier individuo puede acceder desde su espacio a todos los espacios, es decir, a Bibliópolis entera.

La que pensó Borges era más grande, pero ésta, siendo finita, tenía dimensiones extraordinarias:

poseía todos los libros en una sola colección. Si ésta se inició en Alejandría, ello quería decir que lo que se había hecho, en la práctica, era ir aumentando incesantemente sus fondos, de manera,

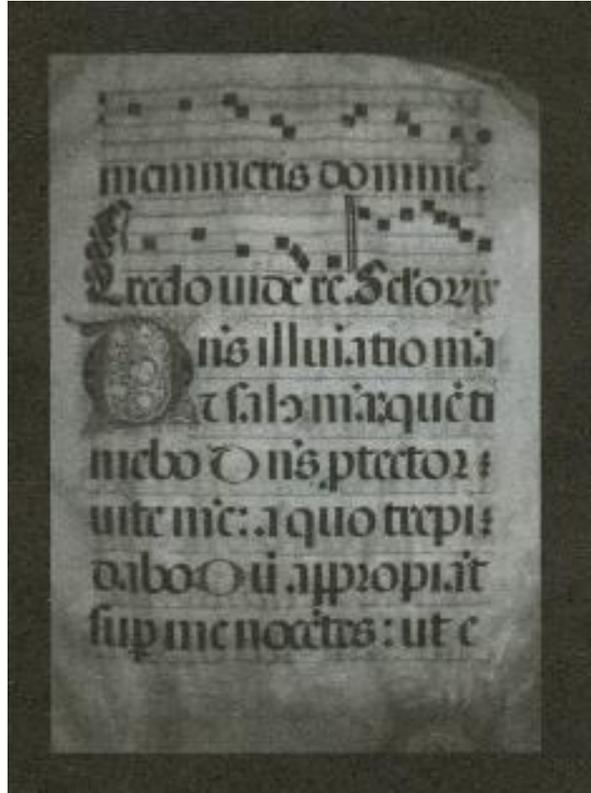
concluyó, que Alejandría es el nombre de Bibliópolis. La Ciudad Universal se llama Bibliópolis de Alejandría. Siempre correría el riesgo de ser incendiada por los criminales, pero ya sólo se destruiría parcialmente y se salvarían libros-persona invaluable.

La Ciudad contaba, como consecuencia del ciberespacio, prosiguió el lector, con entradas cuasiinfinitas. Cada una es una ciudad-puerto. Lo importante de esto, se dijo, es que los lectores podían escoger la que prefirieran. Porque cada ciudad-puerto es distinta. Y él, que venía de un lugar donde el mar es siempre tibio, apreciaba en grado sumo aquéllas donde el calor humano y el deseo de facilitar al ca-

minante sus encuentros y conversaciones con los habitantes permanentes eran la propiedad esencial de los guardianes-guías-consejeros. Entonces evocó su ciudad predilecta. Él

amaba la del Instituto, amable y eficiente, risueña y entrañable. Como su directora. Sí, ése era su puerto, Puerto Julia.

Y con una sonrisa escribió en su ordenador lo siguiente, que se le pareció a un poema:



En el principio era

el Verbo

Y el Verbo se hizo Carne,

Es decir, Bibliópolis

Y habitó entre nosotros.

Julia tiene sus llaves.

Notas

1. El lector se preguntó si en el bosque-ciudad cabría el libro-persona en el que se sostenía que había que destruir todos los libros. Y se dijo que no todos los libros (ni todas las personas) son moralmente defendibles, pero

tienen que existir para poder enfrentarlos con razones.

2. Recordó, entonces, que Borges había escrito en un libro — del que inicialmente no existía sino un único ejemplar que se quemó cuando los obuses asesinos

*Alfonso Monsalve Solórzano. Vicerrector de Investigación, Universidad Antioquia.

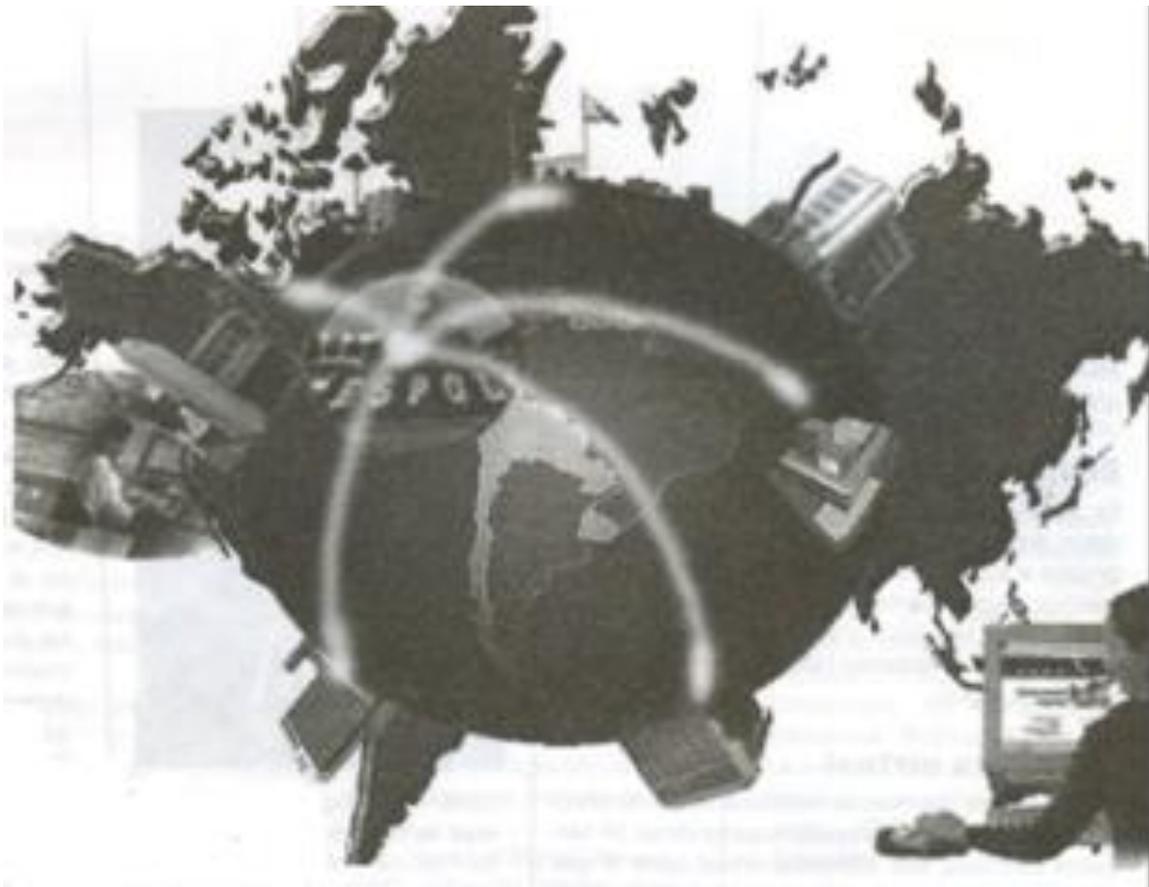


incendiaron la biblioteca de Sarajevo, pero que se salvó providencialmente porque una mujer que trabajaba en un faro se lo había aprendido de memoria— que la mejor bibliotecaria que conoció era, precisamente, una farera. Es increíble cómo los hechos le dieron la razón. Para mayor detalle ver la introducción de S. Lem al libro en mención, *La Biblioteca de la Farera*. Alejandría, Ediciones Biblioteca Virtual de Alejandría, 1996.

Este texto fue publicado en: Julia García Maza (ed.): *Siempre estuvimos en Alejandría*. Madrid/Valencia, Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría /Edicions Alfons el Magnànim, 1997, pp 159-162.

La biblioteca digital

Por Liliana Ma. Melgar E.



El soporte como producto cultural determina a su vez las prácticas de lectura y las prácticas institucionales, entre ellas la biblioteca.

Encontramos que para hablar de la información en el medio digital, su

organización y recuperación, o incluso su aparición desordenada, se habla de:

- Biblioteca digital
- Biblioteca virtual
- Biblioteca electrónica
- Biblioteca híbrida
- Biblioteca automatizada
- Biblioteca sin paredes, biblioteca biónica, ciberotecas, etc.

En todos ellos se da prioridad a la importancia de lo digital como una nueva tecnología que ha posibilitado la transmisión remota de documentos, su preservación y su difusión como nunca antes en la historia se había pensado, facilitando no sólo la aparición de nuevas fuentes de información, diferentes al libro, sino la mayor posibilidad de su consulta y con ello la aparición de nuevos servicios, así como la rapidez y efectividad en la consulta, la recuperación y la transmisión.

Los tres primeros conceptos son los más aceptados en el ámbito académico, en el cual sin embargo, se presentan con diferencias de concepción y uso. Incluso el mismo término de “biblioteca” genera controversia, debido a que ciertas tendencias tienden a asimilar la www a la gran biblioteca universal, mientras que otros defienden la posición de orden y recuperación normalizada y eficiente de la

información indisociable del concepto de biblioteca. En aquellos que defienden la Web como una biblioteca predomina el concepto de biblioteca como ideal cultural, como un “espacio” que es el receptáculo de la memoria universal. Para aquellos que piensan que la Web es un medio de comunicación desordenado, no asimilable a una biblioteca, predomina el concepto de biblioteca como institución documental y el carácter de orden inherente a ella. Estos últimos sin embargo, han propuesto alternativas y técnicas para la recuperación y ordenación de la información en la Web por medio del uso de metadatos. Algunos otros detractores de la concepción de biblioteca digital hablan de lo digital como un medio, dentro del cual igualmente se deberían seguir concibiendo las bibliotecas en su tradicional división académica y funcional: públicas, académicas, escolares, especializadas.

Volviendo a las acepciones que tiene la biblioteca en el contexto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, se observó que en la mayoría de los autores consultados prevalece la última concepción mencionada, la de biblioteca como un conjunto organizado de documentos, pero los diferentes calificativos relacionados con lo digital varían. Por ello, hemos escogido las siguientes definiciones, comunes a varios de los autores y en especial a Eva Méndez, Rodríguez quien hace un estudio riguroso de los términos.

Biblioteca digital

Es aquella que posee colecciones convertidas en datos digitales, bien sea por el paso de materiales propios a este formato o por la generación de ellos mismos. Estas bibliotecas pueden darse en el contexto de una biblioteca tradicional, en cuyo caso se conocen como *bibliotecas híbridas*, o en forma exclusivamente digital.

Biblioteca virtual

Es el concepto que más se relaciona con el de *biblioteca digital* y con el cual tiende a confundirse. En términos estrictos, una biblioteca virtual sería la que emulara la realidad de consulta y lectura en un ambiente virtual por medio de simuladores. Sin embargo, esta acepción es poco utilizada y no se ha dado completamente en la práctica. En cambio, su uso como biblioteca con recursos electrónicos y/o digitales de acceso remoto, no necesariamente ubicados en el espacio físico de una biblioteca, es la más utilizada. En este sentido, se hablaría de biblioteca virtual cuando se abarca toda la red como fuente de información y se procesan sus recursos para la posterior recuperación. Méndez habla que en este sentido, los principales ejemplos se hallan en los llamados *Subject Gateways* ó *Information Gateways*, los cuales consisten en una recopilación ordenada de sitios y recursos Web por su tema.

Biblioteca electrónica

El término fue el primero en usarse con relación a la automatización de bibliotecas y lo que ello significó en su momento, aproximadamente en 1970. El término continúa usándose en ese sentido, en el de bibliotecas que existen en un espacio físico definido, que cuentan con fuentes de información tradicionales y, además, multimediales, así como con sistemas de automatización para la catalogación y con sistemas de consulta en línea para los usuarios, tanto para el acceso local como remoto. Esta última característica, la de los sistemas de automatización, da origen a otra acepción, la de *biblioteca automatizada*, característica sin la cual es casi imposible concebir hoy una biblioteca.

Biblioteca sin paredes, biblioteca biónica, ciberotecas, etc.

Estos términos se utilizan en otros ámbitos para dar cuenta del fenómeno social de las bibliotecas digitales, tratando de hacer énfasis en lo que representan. Su uso académico no se da por lo general y tienen más un carácter publicitario.

En conclusión, con respecto al concepto de *Biblioteca digital* o *Biblioteca virtual*, aunque esta última acepción es de uso más problemático, podríamos decir, con los autores consultados, que es un conjunto organizado de *objetos digitales*, tanto con su

contenido como con su acceso posible de forma digital.

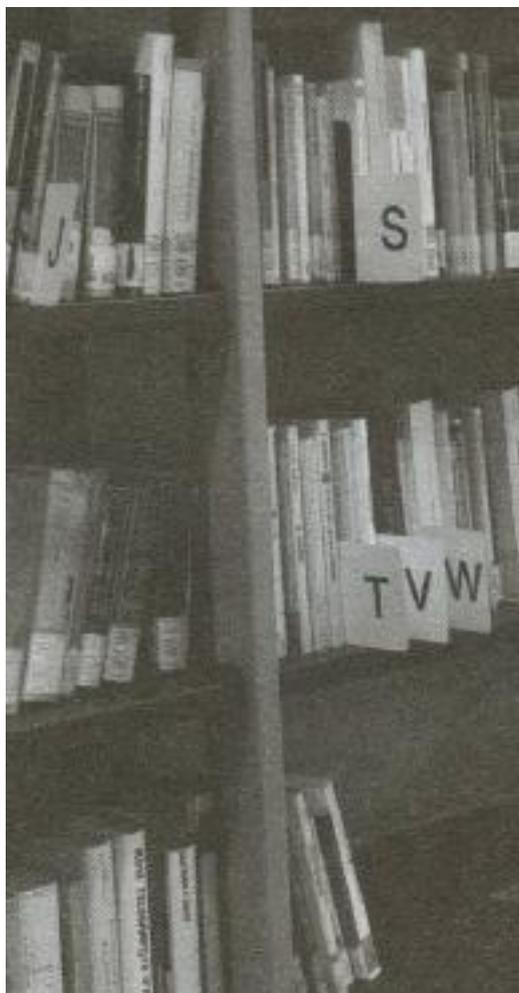
Con respecto al *objeto digital*, por su sigla en inglés DLO (digital like object), es decir, documentos como objetos, se refiere a la unidad documental digital, a un objeto de información, lo cual indica a cualquier tipo de documento (texto, imagen, video, sonido, base de datos, programa, etc.), que existe en el medio digital. Esta es una de las transformaciones que la biblioteca digital presenta en el esquema tradicional de comprensión y organización de los documentos en la biblioteca tradicional. En ésta, el formato determina la creación de las colecciones, el uso de espacio físico diferente y adecuado a cada uno de ellos, y el uso de técnicas diversas para el almacenamiento y circulación. En el ámbito digital, las diferencias entre formatos se borran en este sentido, pues todo documento está en el formato de unos y ceros y es susceptible del mismo tratamiento en cuanto a análisis, recuperación y transmisión. Implican eso sí, el uso de software adecuado a cada uno.

Según algunos autores, una biblioteca digital genera un sistema de información nuevo, enmarcado en el entorno organizacional (incluso de una biblioteca tradicional), el cual implica un enfoque nuevo de la información: como soporte a lo procesos educativos e investigativos, como elemento comunicativo, como recurso y activo económico.

En este sentido, los retos que se les presentan a las bibliotecas en la actualidad son:

- La necesidad en la implantación de plataformas tecnológicas, software, políticas y procesos acordes con lo digital y el fenómeno de Internet
- El cuestionamiento a la concepción del papel tradicional de las bibliotecas en el ciclo de producción de los documentos, ellas ahora son generadoras de documentos, por cuanto al escoger los contenidos digitales juegan el papel de editores y/o publicadores.
- El replanteamiento en la concepción de la recuperación de la información y el uso de las herramientas disponibles para ello. A mayor cantidad de información, mayor dificultad para su recuperación y por lo tanto mayor necesidad en la eficacia de los mecanismos de recuperación y en la eficiencia y habilidad en su manejo tanto por parte de usuarios como de profesionales de la información, estos últimos en mayor medida.
- La redefinición de los métodos tradicionales de desarrollo de colecciones y un cambio de mentalidad en los procesos y el impacto que esto generará en la comunidad usuaria.
- Un cambio de mentalidad en la concepción del usuario, tanto por parte de los que generan la información en el plano de “autores”, como del usuario mismo, ahora como otro potencial “autor” y generador de información y, sobre todo, gestor de conocimiento.

Con respecto al libro, se habla generalmente del papel de la biblioteca en la preservación del soporte físico que le ha dado vida a nuestra cultura, pues con la fiebre de la digitalización, podrá darse al olvido la estructura física. En este sentido se habla del papel de la biblioteca como “museo”, tarea por supuesto muy criticada por los bibliotecólogos, quienes hablan más bien de la biblioteca híbrida y de biblioteca sin paredes.



Los principales proyectos

internacionales relacionados con la biblioteca digital son:

- **eLib.** Generado en Inglaterra en 1993, por iniciativa de las bibliotecas académicas ante el aumento en el número de estudiantes y el impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. El objetivo inicial del proyecto fue transformar el uso y el almacenamiento del conocimiento en las instituciones de educación superior.

- **DLI.** Digital Library Initiative. Patrocinada por el gobierno de los Estados

Unidos, auspiciada por la NSF, la DARPA y la NASA, (...) “como respuesta a la demanda de sistemas y servicios de información de calidad, capaces de proporcionar un acceso coherente a grandes bases de datos a distintas comunidades de usuarios. Es un proyecto de investigación para incrementar las formas de producción, almacenamiento y organización de información digital de tal forma que facilite la búsqueda, recolección y procesamiento de tales materiales electrónicos a través de redes de comunicación.” (Méndez 2002: 293)

- **La NDLP** (Nacional Digital Library Program): Proyecto nacional de la Biblioteca digital de la Biblioteca del Congreso. Comenzó en 1995 con la necesidad básicamente de la preservación de la memoria histórica de los Estados Unidos por medio de la digitalización de documentos de gran valor.

- **NDL** (Nacional Digital Library)

• **W3C** (World Wide Web Consortium). Su misión es la estandarización de las formas de recuperación de la información en la Web.

También es de anotar que la ARL es una base de datos especializada en recoger las iniciativas en bibliotecas digitales. Su sitio es: <http://db.arl.org/did/review.html>.

En Colombia comenzó a desarrollarse un proyecto llamado Biblioteca Digital desde Colombia, propuesto por la Pontificia Universidad Javeriana y posteriormente apoyado por Colciencias. En Medellín, la Biblioteca Pública Piloto, la Universidad de Antioquia y otras entidades, desarrollaron el proyecto Biblioteca Virtual de Antioquia.

Bibliografía

Méndez Rodríguez, Eva. *Metadatos y recuperación de información: Estándares, problemas y aplicabilidad en bibliotecas digitales*. España: Trea, 2002.

Rodríguez Bravo, Blanca; Santos de Paz, Lourdes. “Del documento digital a la biblioteca virtual”. En: *Scire*. Vol.8, No.2, Jul.-Dic., 2002.

Rothenberg, Jeff. “¿Son perdurables los documentos digitales?” En: *Investigación y ciencia*. No. 222, Marzo, 1995.

Spring, Michael B. “La biblioteca virtual”. En: *Revista Interamericana de Nuevas*

Tecnologías de la Información. Vol.2, No.2, Mayo-Ago., 1996, p.3.

Sitios recomendados

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
<http://www.cervantesvirtual.com/index.shtml>

Biblioteca Virtual de Antioquia.
<http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/>

Biblioteca Luis Ángel Arango, digital.
<http://www.lablaa.org/digital.htm>

*Liliana Ma. Melgar. *Estudiante de tercer semestre de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia.*

Bibliotecas de hoy y siempre

Por Alejandro Uribe Tirado *

Las bibliotecas siempre han marcado la experiencia de la humanidad desde su primera aparición hace 4.500 años con la biblioteca de Ebla. Estas son algunas de las bibliotecas que en diferentes épocas han tenido un papel trascendental y lo seguirán teniendo, porque:

Las bibliotecas han liberado a más hombres y mujeres, que todas las guerras del mundo. (Anónimo)

Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos - Washington www.loc.gov

La Library of Congress fue creada en 1802 por el presidente Thomas Jefferson. Es actualmente la mayor biblioteca del mundo tanto por su tamaño, como por la variedad de sus colecciones (120 millones) y cantidad de empleados (5.000).

Biblioteca Nacional de Francia - Paris www.bnf.fr

La Bibliothèque Nationale se constituyó en 1537. Fue una de las primeras bibliotecas en abrir a todo el público (1720). Debido a la ausencia de espacio físico en 1988 el presidente Mitterrand aprobó



construir unas nuevas instalaciones (395 Km. de estanterías, 3.600 puestos de lectura).

Biblioteca Nacional del Reino Unido - Londres www.bl.uk

La British Library comienza su funcionamiento en 1753 como parte del British Museum. Fue la primera biblioteca nacional tradicional en acoger textos de ciencia y tecnología además de los ya existentes desde siglos anteriores de humanidades y sociales.

Biblioteca Apostólica Vaticana www.vatican.va/phome_sp.htm

Creada por el pontífice Nicolás V en 1450 contiene una colección de manuscritos y piezas únicas en el mundo, como el "Codex B", la Biblia completa más antigua de la que se tenga conocimiento; o 300.000 medallas y monedas de la era romana.

Biblioteca del Estado Ruso - Moscú <http://www.rsl.ru>

Antes de la disolución de la URSS esta biblioteca, se denominaba la biblioteca "Lenin de Moscú". Durante la guerra fría se disputó con la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos ser la unidad de información más grande del mundo.



Nueva Biblioteca de Alejandría - Alejandría www.bibalex.gov.eg

Esta biblioteca ubicada en Egipto, busca desde el 2002, con el apoyo de la

UNESCO, tener una de las colecciones más importantes de la humanidad (actualmente más de 50 millones de volúmenes) y así honrar lo que fue en la antigüedad antes de su destrucción (330 A.C.-415 D.C.).

Proyecto Bibliotecas Piloto de la UNESCO 3 Continentes
www.bibliotecapiloto.gov.co

Este proyecto de mediados del siglo XX, apoyó el desarrollo de tres bibliotecas públicas en Nueva Delhi, India; Enugú, Nigeria Oriental; y Medellín, Colombia; dando un impulso fundamental a las bibliotecas públicas en estas regiones del mundo, el cual aún continúa.

Biblioteca Pública de New York - New York www.nypl.org

Con su gran red de bibliotecas, además de una amplísima colección, ha liderado la creación y prestación de servicios bibliotecarios descentralizados y personalizados. A su vez, sin lugar a dudas, es la biblioteca del mundo más filmada en películas de cine.

Biblioteca Luis Ángel Arango - Bogotá - www.lablaa.org

Según sus estadísticas, es una de las bibliotecas públicas más visitadas en el mundo (10.000 personas diariamente). En Colombia, junto a la Biblioteca Nacional, es la de mayor cantidad de volúmenes: más de 1.200.000. La BLAA en unión con las bibliotecas de BiblioRed conforman uno de los mejores sistemas de bibliotecas públicas.

Biblioteca virtual Miguel de Cervantes www.cervantesvirtual.com

A pesar sus dificultades tecnológicas y de catalogación (metadatos) al ser aún un nuevo tipo de biblioteca, este proyecto basado en documentos digitales, es el más conocido de habla hispana en el mundo. Incluye más de 3000 obras completas de

acceso libre de autores clásicos españoles y suramericanos.

* Alejandro Uribe Tirado. Comunicador Social-Periodista. Docente y Coordinador de Comunicaciones e Internet de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia. El artículo completo de donde fue extractada esta información fue publicada originalmente en el periódico *El Colombiano*, Dominical Generación, el 8 de mayo de 2005. Se publica un fragmento en este número de la *Agenda Cultural* considerando la autorización dada al autor de publicarla en otros medios con fines académicos y culturales indicando los créditos correspondientes.

Bibliotecas en Medellín

- En Medellín existen 249 barrios de los cuales 10 poseen bibliotecas que ofrecen un servicio importante.
- 7 de las 16 comunas no cuentan con bibliotecas.
- En 1984 el Municipio de Medellín creó 8 bibliotecas público-escolares, administradas por la Secretaría de Cultura Ciudadana.
- Las bibliotecas públicas sólo ofrecen en promedio 1 libro para cada 4 personas. Según la UNESCO, debería haber entre 1.5 a 2.5 libros por persona.
- Los espacios existentes no están articulados para brindar mayor cobertura y facilidades de acceso a los ciudadanos.

Extractado del *Plan Municipal Parques Biblioteca* de la Alcaldía de Medellín.

Bibliotecas en Medellín

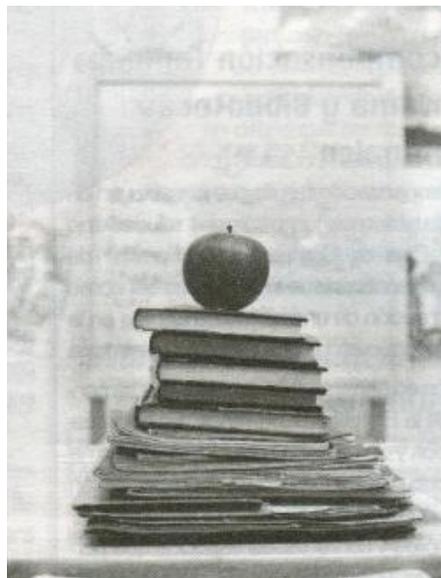
- En Medellín existen 249 barrios de los cuales 10 poseen bibliotecas que ofrecen un servicio importante.
- 7 de las 16 comunas no cuentan con bibliotecas.
- En 1984 el Municipio de Medellín creó 8 bibliotecas público-escolares, administradas por la Secretaría de Cultura Ciudadana.
- Las bibliotecas públicas sólo ofrecen en promedio 1 libro para cada 4 personas.
- Según la UNESCO, debería haber entre 1.5 a 2.5 libros por persona.
- Los espacios existentes no están articulados para brindar mayor cobertura y facilidades de acceso a los ciudadanos.

Extractado del *Plan Municipal Parques Biblioteca* de la Alcaldía de Medellín.

Las bibliotecas y el ocio

Por Luis Germán Sierra *

De las bibliotecas se han dicho y escrito casi tantas cosas como de los libros. Se ha hablado de sus comienzos, de su historia, de su evolución, de sus bondades, de sus enemigos, de su papel en las distintas sociedades, de su muerte o casi muerte. Ríos de palabras sobre ríos de palabras. A veces ellas inspiran un buen poema y hasta un buen cuento. O provocan la barbaridad del incendio de sus tesoros. Al fin y al cabo la historia de las grandes ciudades del mundo está ligada, en muchas ocasiones, a la historia de una o de varias de sus bibliotecas, aun en periodos antiquísimos, cuando el libro estaba lejos de asumir la forma que hoy conocemos. Y la vida de muchos hombres y mujeres, célebres por su genio en las artes, en la literatura o en las ciencias, tiene que ver con las ricas bibliotecas que los acompañaron desde su infancia, o que



ellos mismos fueron constituyendo a lo largo de sus años. El libro, y por lo tanto las bibliotecas, han tenido que ver con el avance de la civilización humana. La lectura en solitario, mental y silenciosa, y la concepción de grandes espacios pensados para la lectura (y la escritura) aislada e individual, cambiaron de manera definitiva muchas cosas en la vida de los seres humanos. La individualidad y el pensamiento, sin los cuales jamás llegaría la modernidad, se acomodaron.

En Colombia se cumple muy poco de lo dicho anteriormente. Las malas condiciones económicas y culturales están en proporción directa a la poca importancia que han tenido el libro y las bibliotecas entre nosotros. Ello, naturalmente, lleva a pensar en los bajos niveles en la calidad de la educación

y en lo recientísimo que encontramos la necesidad explícita de ampliar la cobertura y los presupuestos, etc., pero todo ello es parte de análisis más complejos y completos.

En un artículo que se publica en esta misma revista, Gloria Rodríguez, directora de las bibliotecas de Comfenalco Antioquia, llama la atención acerca del poco entendimiento que existe, en general, en cuanto a las características diversas que comportan las bibliotecas y que, a su vez, diferencian su uso y su clasificación (públicas, académicas, escolares, especializadas). Lo peor, dice, es que tampoco quienes tienen la misión de hacer que todo ello sea claro y expedito (empleados, bibliotecarios), saben hacerlo. Eso se debe, creo, a la poca tradición que tenemos en la existencia y en el uso de bibliotecas, consecuencia lógica de una casi enemistada relación con el libro. A pesar de la realidad económica que vivimos desde siempre, donde imperan el desempleo y la baja productividad, es difícil encontrar quién esté a gusto “sin hacer nada”, y hemos sido educados en la idea de la utilidad y del empeño al trabajo. En esa lógica, leer libros y hacer bibliotecas son una pérdida de tiempo y de plata. A cambio, la nuestra es una cultura donde el silencio no tiene cabida y donde la capacidad de reflexionar, de vigilar críticamente nuestros derechos ciudadanos y de dirimir con juicio nuestras necesarias diferencias, brilla por su ausencia.

Las políticas estatales, aún tímidas, de crear bibliotecas y de diseñar campañas en pro de la lectura datan de fechas muy recientes. De la noche a la mañana los gobiernos entendieron que la creación de bibliotecas y el hábito de la lectura podrían aliviar en algo, tal vez, el caos social y el escenario de violencia indiscriminada que vivimos sin tregua. Pero, claro, como ello no obedece casi nunca a planes integrales y se proclama la lectura como una actividad que produce dividendos políticos (ser mejores ciudadanos, cultivarnos para tener un mejor futuro, ocuparnos en algo distinto a la pernicia y la maldad), la lectura, ese acto descomplicado, generoso y placentero, no termina nunca de germinar.

No obstante lo anterior, es innegable que al fin en el país (Bogotá, sobre todo) se les está reconociendo a las bibliotecas públicas una dignidad que nunca habían tenido. Espacios amplios y acogedores, bien dotados, bien iluminados, cómodos, con una impecable arquitectura. Espacios para el ocio, no para la productividad. Todavía no es un hecho, sin embargo, que una buena parte de los usuarios frecuentes de las bibliotecas medianamente grandes y bien dotadas de Medellín, por ejemplo (y aquí cabe hablar de la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia), acudan a ellas en la actitud de lectores descomplicados, generosos y placenteros, y sí lo hagan en la de quienes utilizan dichos espacios con la avara disposición de resolver tareas académicas, diseccionar taxonómicamente un relato literario, o

consultar la insulsa biografía de un científico en un material de referencia. En medio de jolgorios, risas, pitos de celulares, conversaciones ídem, talleres de ciencias a cuatro y seis voces, etc. Mientras tanto, buena parte de las colecciones de historia, de literatura, de periodismo, de ensayos científicos, de biografías documentadas y noveladas, siguen durmiendo el sueño de los justos.

Sobra añadir que ello es también una consecuencia de la poca tradición que tenemos en la existencia y en el uso de bibliotecas. Sólo vale el tiempo útil que produce dividendos (notas académicas). Pero también sobra añadir que todo eso implica una tarea aplazada por parte de quienes gobiernan las bibliotecas. Promover las colecciones que con esfuerzo fueron adquiridas para lectores ambiciosos en sueños y en ganas de abrirle compuertas a los estrechos mundos que nos rodean.

*Luis Germán Sierra. Escritor. Coordinador del área cultural del Sistema de Bibliotecas de la Universidad de Antioquia.

Cara y cruz

de las bibliotecas públicas y escolares

Bibliotecas...¿de qué hablamos cuando hablamos de ellas?

Por Gloria María Rodríguez Santamaría*

Para una gran mayoría de la población, biblioteca es un término genérico que engloba una idea en torno a un espacio físico donde se congregan personas, mobiliario, tecnología, libros y otros materiales y soportes de lectura e información. Estos elementos comunes hacen que todas las bibliotecas se parezcan, así como se parecen los espacios dedicados a la salud, los sitios dedicados al deporte o a los cultos religiosos. Y es razonable, ya que el propósito que persiguen y los requisitos que deben reunir para cumplirlo, les dan un carácter de identidad y los diferencia del resto.

Que el común de la gente no tenga una idea clara de cuál es la diferencia entre una biblioteca universitaria, una nacional, una patrimonial, una especializada, un centro de documentación, una biblioteca pública, o una escolar; o que el común de la gente no sepa que una unidad médica es de primer, segundo

o tercer nivel, es algo de esperar, sobre todo si nunca en su vida han utilizado el servicio. Lo que no deja de extrañar es que esta confusión se dé también entre administradores públicos, políticos, gestores culturales, directores de instituciones, y personas que, se supone, han hecho uso de servicios bibliotecarios ya que terminaron su educación básica, pasaron por una universidad, y tuvieron, en el mejor de los casos, oportunidad de salir a otros países y de estar expuestos a ambientes de alta y sofisticada oferta cultural y bibliotecaria. Y aún peor es encontrar que algunos bibliotecarios permanecen impassibles e indiferentes ante algo que trasciende una mera denominación, y que incide finalmente en la esencia de los servicios bibliotecarios y, sobre todo, en los posibles beneficios que los distintos públicos puedan lograr de dichos servicios.

Son las necesidades de las personas, de las comunidades, de las instituciones y de los países, las que históricamente han ido

perfilando, caracterizando y asignando responsabilidades sociales a los diferentes tipos de bibliotecas. Las bibliotecas nacionales, por ejemplo, tienen la responsabilidad de velar por el patrimonio bibliográfico de un país; las universitarias respaldan el currículo y apoyan la investigación; los centros de documentación y las bibliotecas especializadas propenden por la investigación y el avance del conocimiento en un ámbito institucional, ya sea una empresa o una universidad; los archivos conservan la memoria de una institución; y las bibliotecas escolares ofrecen a los miembros de la comunidad escolar los instrumentos para que desarrollen el pensamiento crítico y aprendan a utilizar la información en cualquier soporte y formato.

¿Y la biblioteca pública para qué y para quién es? Charles Robinson, en su excelente artículo “¿Podemos salvar la biblioteca del público?” sostiene que

[...] los bibliotecólogos públicos nunca han enfrentado realmente el desafío que supone definir claramente el papel de las bibliotecas públicas, teniendo en cuenta lo que las diferencia de las bibliotecas académicas. Eso no representa ningún problema para las bibliotecas académicas o de instituciones educativas. Ellas saben exactamente para qué son, mientras que las bibliotecas públicas no, y esto se manifiesta en nuestros patéticos intentos de ser todas las cosas para todas las personas, y digo patéticos, porque nuestros

limitados recursos financieros nos aseguran el fracaso en cualquier área de servicio, como consecuencia de intentar ser exitosos en todas.

La demanda de algunos grupos de la población, la ausencia de otros servicios bibliotecarios en el medio, el conformismo ante los cambios, la necesidad de ampliar coberturas, la urgencia de atraer recursos económicos, los recortes presupuestales, el desconocimiento o el desinterés por el tema, la falta de claridad de los mismos bibliotecarios, y seguramente muchas otras razones, hacen que se crea o se asuma que para satisfacer todas las necesidades de información, tanto reales como potenciales de una población, basta y sobra con la existencia de un tipo de biblioteca, y esta es la biblioteca pública. Sobre ella recae casi siempre la responsabilidad de jugar varios roles y generalmente se ve obligada o tentada a parecerse a cualquier tipo de biblioteca sin ser ninguna en esencia.

Para fundamentar lo anterior, citaré tres ejemplos de bibliotecas públicas de nuestro contexto, que de cierta manera se perdieron para el público. Los tres ejemplos son: La Biblioteca Luis Ángel Arango, que cada vez se parece más a una buena biblioteca universitaria; la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina que cada vez se parece más a una interesante biblioteca patrimonial; y las bibliotecas públicas de las Cajas de Compensación Familiar y de las

Casas de la Cultura de muchos municipios del país, que cada vez se parecen más a unas activas bibliotecas escolares.

Todas ellas son de acceso público, pero esto no les otorga *per se* el carácter de bibliotecas públicas. Este carácter lo imprime una clara intención de salir en busca de los lectores. Aquellos que en su mayoría no creen que la biblioteca les pueda servir para algo o, lo que es peor aún, ignoran su existencia y probablemente nunca van a llegar a la lectura, si los libros y los materiales de lectura no van en su búsqueda. Esto diferencia claramente a la biblioteca pública de cualquier otro tipo de biblioteca. Por eso sostengo que estas bibliotecas se han perdido para el público, pues están trabajando casi exclusivamente con dos segmentos de la población: el estudiantil y el investigador, y están dejando por fuera todo ese resto de ciudadanos, numéricamente superior, que no está inscrito en los procesos de la educación formal, o que no está “iniciado” en las bondades y beneficios de la palabra escrita y, sobre todo, que no cuenta con otros servicios alternativos para cubrir necesidades de información, lectura y conocimiento. Esa masa a la cual denomino el *público*, es heterogénea y está conformada, entre otros, por desempleados, trabajadores, amas de casa, niños y jóvenes desescolarizados, ancianos, personas recluidas en hospitales, cárceles, asilos, etc.

Conceptos fundamentales relacionados con la biblioteca pública, tales como igualdad de

acceso, atención a distintos sectores y grupos de la comunidad, atención a todos los grupos de edad, formación de ciudadanía, ideales de alfabetización y posibilidades democráticas de los ciudadanos, consignados en los postulados y manifiestos internacionales, se desdibujan en nuestro contexto por la limitación del alcance de los servicios bibliotecarios públicos a un sector exclusivo de la población.

Bibliotecas... ¿qué se interpreta cuando se pregunta por ellas?

La ambigüedad que ronda el término biblioteca en este país, la vemos no sólo en la práctica entre lo que las bibliotecas dicen ser y lo que en realidad parecen ser, o son, sino también en lo que se escribe y analiza sobre la biblioteca y la lectura. Recientemente se publicó el libro *Hábitos de lectura y consumo de libros en Colombia 1*. Cuando me aproximé a él, leí en la portada y en la presentación que los resultados de la investigación permitían analizar la asistencia y el préstamo en bibliotecas públicas, e incluso analicé un cuadro, organizado por ciudades, que se titulaba “Porcentaje de lectores habituales que van a la biblioteca pública”. Hasta ahí estaba convencida de que esa información se relacionaba realmente con la biblioteca pública. Para mi sorpresa, observando posteriormente los formularios

utilizados en las encuestas que se presentan en la última parte del libro citado, encontré que las preguntas relacionadas con bibliotecas y bibliotecarios eran genéricas: referidas al origen de los libros leídos, a los motivos por los cuales la gente no lee libros y a quienes influyen en la creación de hábitos de lectura. Las respuestas de los encuestados, por tanto, podían estar referidas perfectamente a cualquier tipo de biblioteca. Si un encuestado afirmaba, por ejemplo, que los libros que leía eran prestados en bibliotecas, posiblemente se podía referir a la biblioteca pública, pero también a la de su universidad o a la de su escuela, y estas últimas no son necesariamente públicas habida cuenta del tipo de servicios y colecciones que ofrecen o de su restringida accesibilidad.

Se está asumiendo erróneamente que la sola mención de la palabra biblioteca significa biblioteca pública, una muestra más de que hablar de la biblioteca para la escuela básica, secundaria y universitaria, y hablar de la biblioteca pública, es hablar de lo mismo en este país. No quiero dejar el sabor de que todos los análisis presentados en el libro lleven a este mismo malentendido, pues leyéndolos con detenimiento se encuentra que algunos dan luces y aportes interesantes sobre el posible uso de los distintos tipos de bibliotecas, infiriendo y estableciendo cruces con la edad, nivel económico o ciudad de los encuestados. Información que, además de ser absolutamente válida, nos ofrece un panorama

y unas conclusiones que merecen una profunda reflexión.

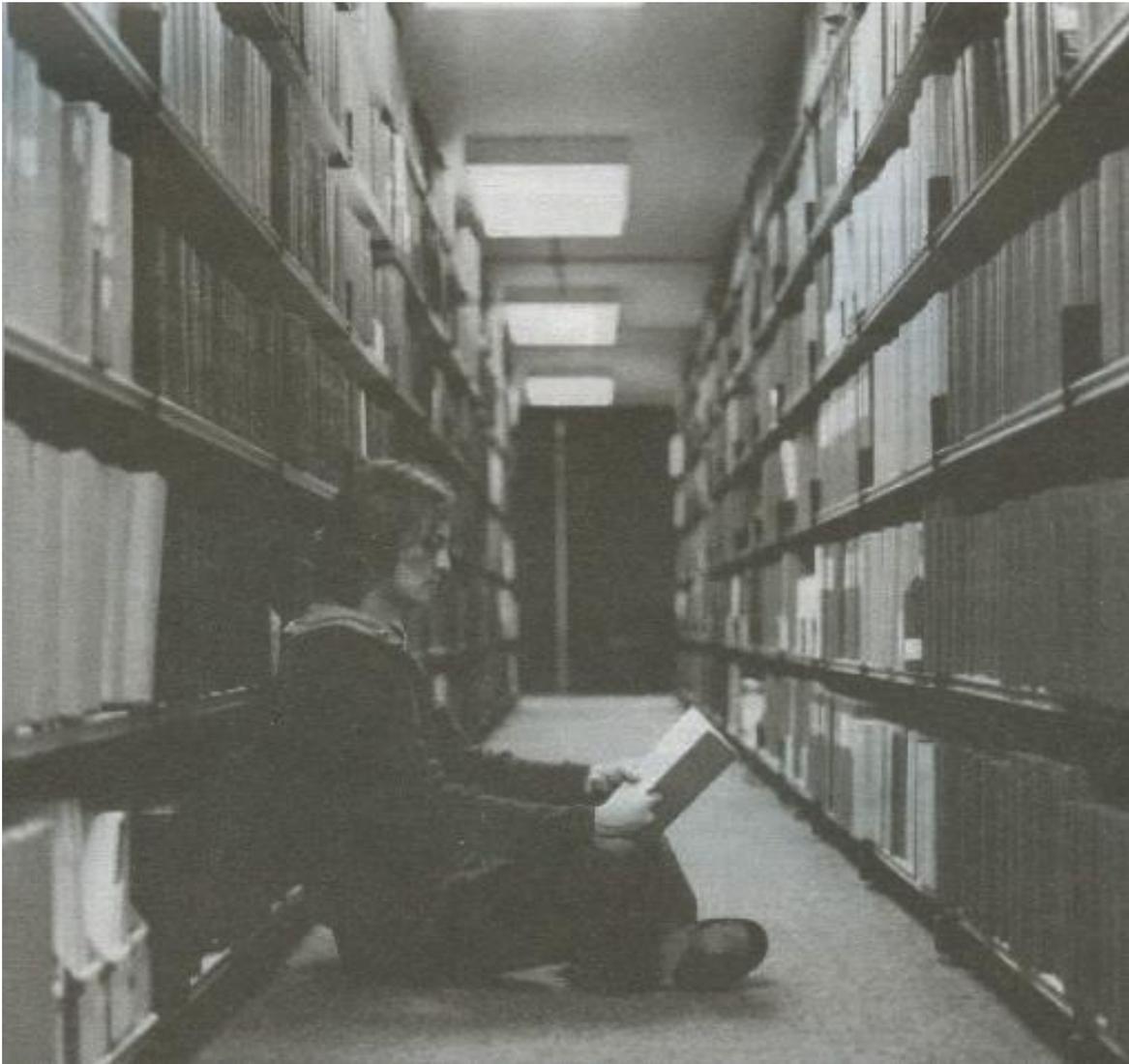
¿Quién sale perjudicado y por qué con un asunto aparentemente tan inofensivo como lo es el tema de para qué son y para quién son las bibliotecas? Sin duda perdemos todos, tanto aquellos vinculados a la educación formal en todos los niveles —que no encontrarán en sus establecimientos educativos los instrumentos mínimos para dar cumplimiento al Proyecto Educativo Institucional— como aquellos a quienes denominé *público*, que se encuentran fuera de los circuitos del sistema educativo y que verán reducidas, minimizadas o negadas las posibilidades de acceso a la lectura, a la información y al conocimiento. Finalmente, quien más pierde es el país, ya que se disminuyen las oportunidades de formar ciudadanos y se siguen perpetuando las desigualdades culturales, sociales y educativas, contribuyendo así a mantener los factores de marginalidad, pobreza y segregación, causantes, en gran medida, de los elevados índices del descontento social y de los conflictos violentos.

Notas

- 1 Charles Robinson, "¿Podemos salvar la biblioteca del público?", en: *Bibliotecas públicas y escolares*, Santafé de Bogotá, Fundalectura, 2001, pp. 49-63.

2 *Hábitos de lectura y consumo de libros en Colombia*, Santafé de Bogotá, Fundalectura / Ministerio de Cultura, Ministerio de Educación, Cámara Colombiana del Libro, Cerlalc, Dane, 2001

*Gloria María Rodríguez Santamaría.
Bibliotecóloga de la Universidad de Antioquia. Jefe del Departamento de Cultura y Bibliotecas de Comfenalco Antioquia. Fragmento reproducido con autorización de la autora, extractado de: Gloria María Rodríguez Santamaría. *Cara y cruz de las bibliotecas públicas y escolares y otros textos*. Medellín, Fondo Editorial Comfenalco Antioquia, 2005.

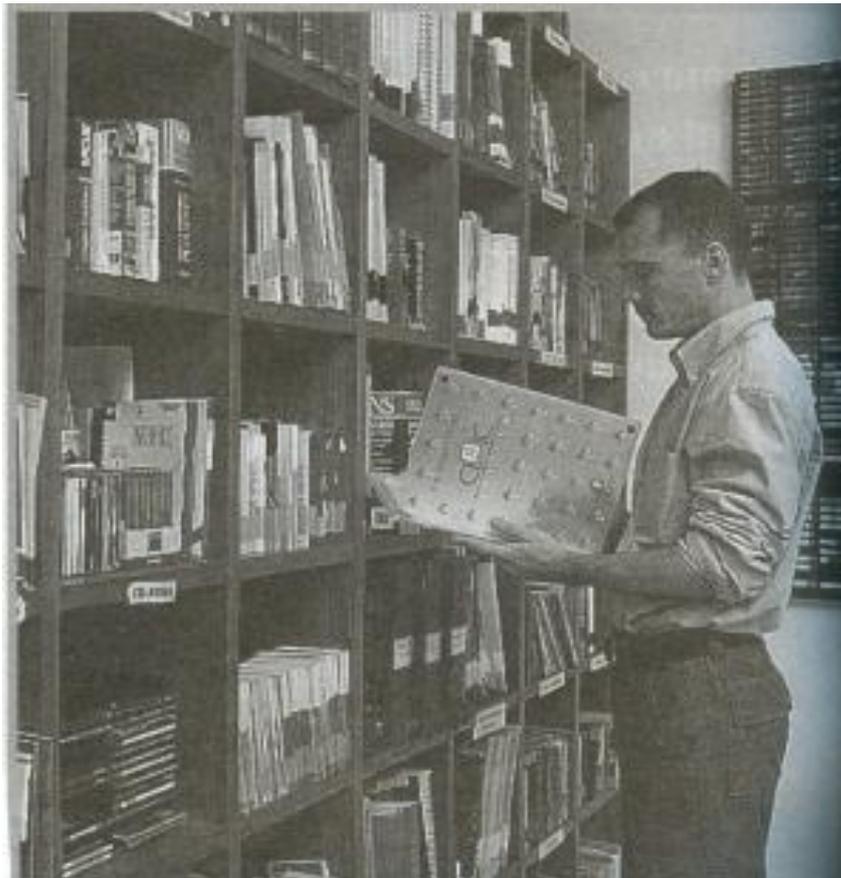


Una multitud me habla en silencio

Por Luis Fernando Macías Zuluaga *

Era la mañana de un miércoles o jueves de 1967. No llovía, pero sé que era una mañana fresca. En ese tiempo los días de verano eran frescos en las colinas altas del valle. Alguien llegó hasta el salón. Don Bernardo, que era un muchacho recién egresado de la normal de varones, suspendió la clase por un instante para atenderlo, después entró de nuevo y nos llamó a Cardona y a mí. Nos llevaron hasta la puerta de la escuela, donde había una fila en torno de un bus que estaba parqueado afuera, frente al parque de La Milagrosa. A esa clase de buses los llamábamos “neveras”, por la forma de sus carrocerías. Este era de color azul.

cuatro. Quienes habían entrado, salían después con libros en las manos. Muy poco había tratado yo con libros hasta entonces: conocía bien el libro *Coquito*, por él me había iniciado en el sueño de un perro San Bernardo como el que —en la portada— cuidaba del niño lector, y había releído “Las aventuras del pollito mentiroso” del libro *La alegría de leer*; pero nada más. Estaba en esa fila en torno del bibliobús sólo porque me habían escogido. Tal vez no tenía ninguna expectativa en particular, pero cuando me vi en el interior, algo sucedió en la atmósfera de la biblioteca móvil o algo produjo esta atmósfera en mi ánimo, hasta el punto de partir mi vida en dos.



Una muchacha morena, nariz de poma y labios gruesos, atendía desde la puerta del bus. Nosotros íbamos subiendo en grupos de

Una antigua creencia de los creadores de fantasías suele escoger un instante y un suceso baladíes, asociados a una atmósfera particular, como los elementos propios para el tránsito de la vida común al reino de la magia, al mundo de lo inexplicable por la razón humana. Algo así les sucedió a seres tan disímiles como Odiseo y Alicia, como Simbad el marino y Bastián Baltazar Bux. Es muy posible que, mirado desde otros puntos de vista, se trate de

una enfermedad, explicada por la pérdida del uso de la razón, la cual es sustituida por la creencia desmesurada en la intuición o en la fantasía. El sujeto a quien le sucede pierde la noción habitual del tiempo, tan claramente explicada desde la antigüedad por Heráclito —el oscuro— como un río que fluye, y el espacio se llena de colores en torno suyo, pero sólo ante sus ojos. Desde entonces, para él todo suceso es maravilloso y no hay nada insignificante en este mundo de la existencia, al que ve a través del prisma de lo fantástico o sentimental.

En mi caso particular, sentí que estaba rodeado por una multitud que me hablaba en silencio, cuyas palabras congeladas tenían la facultad de decirlo todo, siempre y cuando mis ojos fueran hacia ellas para reanimarlas durante el instante de una conversación que ellas aprovecharían para entrar en mi memoria, y, desde allí, transformarlo todo en mí.

La mujer que atendía nos explicó que se trataba de un servicio especial de la Biblioteca Pública Piloto a la comunidad, por medio del cual nos brindarían la posibilidad de prestar un libro cada semana. En consecuencia, deberíamos escoger el primero de ellos y llenar los datos personales en el formulario de inscripción.

Busqué en los estantes, inmerso en la intuición de que entraba en un laberinto de múltiples dimensiones, cuyos corredores eran

senderos o direcciones del tiempo donde, desde todos los lugares, venía una multitud de voces y ecos de voces que me hablaban en silencio o me hablarían, porque no llegaba el sentido de sus discursos sino la masa amorfa de su imagen acústica como una promesa futura. Digo ahora que a mi búsqueda la obsedía ese sueño o esa intuición porque no sé si realmente lo sentía en ese momento o si ha sido una fantasía que se ha ido fraguando a partir del instante en que un libro de gran formato y pasta dura, con sobrecubierta azul, se hizo el más visible entre la multitud y su voz surgió clara en la masa de silencio: *Libro de los viajes de Marco Polo*, ilustrado por un caballero montado en su cabalgadura blanca con traje medieval, cabalgando en una pradera ubicua.

Tomé el volumen y me lo llevé a casa, pero ni siquiera lo abrí durante los ocho días. En el recreo del miércoles siguiente, como no lo había leído, quise renovar el préstamo, pero tampoco en los ocho días siguientes lo leí. Tal vez el solo título me lo dijo todo, tal vez el caballero blanco de la pasta me fue suficiente porque entregué el libro sin leerlo, como no lo he leído en los treinta años siguientes. En su lugar sentí el llamado de otro volumen titulado *Ana Karenina*, del que leí unas cuantas páginas; recuerdo la escena ocurrida en un salón de la Rusia tolstiana en que se dice: “Ana Karenina se ruborizó al verlo entrar”, por la fascinación que me produjo el término “ruborizó”. En el momento de leerla desconocía su significado, era la primera vez

que me llegaba su cadena de sonidos, pero resonó de tal modo en mi alma que me vi obligado a consultarla y, cuando supe que se trataba del tinte rosa que ponía el amor limpio en los rostros, supe también que mi destino eran los libros: el amor duro, sabio, múltiple y generoso de los libros.

* Luis Fernando Macías Zuluaga. Escritor. Profesor de Lingüística y Literatura. Facultad de Comunicaciones Universidad de Antioquia. Artículo publicado en Revista Interamericana de Bibliotecología. Vol. 21, nro 1, enero-junio de 1998, pp. 9-11. Reproducción autorizada por los editores.

El nuevo milenio y el trabajo bibliotecario

Por Julia García Maza

Cuenta Hecateo de Abdera en su *Aegyptiaca*, que no era ni más ni menos que una nueva versión de la historia de Egipto, orientada a favorecer la buena convivencia entre griegos y egipcios en tierras de Alejandría, que en el frontispicio de la antigua biblioteca de Tebas figuraba una inscripción cargada de



sugerencias: “Tesoro de los remedios del alma”. Siempre me pregunté qué podría estar pensando y sintiendo el faraón Osimandias, en el 3000 a.C., cuando mandó cincelar semejante inscripción. Ciertamente, nunca lo

podremos saber. Sin embargo, no es difícil conjeturar que nos estaba hablando de un tesoro de orden espiritual, un tesoro que tenía la capacidad de remediar los irremediables

males del alma. Y este tesoro con capacidad salvífica estaba contenido en tablillas y pergaminos, es decir, en los libros de la biblioteca.

Cuando por primera vez tuve conocimiento de ella, creo que fue el momento en que empecé a darme cuenta de hasta qué punto una biblioteca es, fundamentalmente, una concepción del mundo, tal como se pudo ver

siglos más tarde en la emblemática biblioteca de Alejandría o como, ya en pleno racionalismo, se pudo ver en la biblioteca alemana de Wolffebüttel, a cuya clasificación el filósofo Leibniz pretendió trasponer su sistema de organización del conocimiento, que a su vez reflejaba su forma de concebir el mundo.

Así pues, mi punto de partida a la hora de hablar sobre las bibliotecas, es que en el fondo de toda biblioteca, pública o de investigación, grande o pequeña, personal o académica, subyace siempre una concepción del mundo. De la forma en que concibamos nuestra manera de estar en el mundo, dependerá la forma en que concibamos nuestras bibliotecas. Organizar el conocimiento para hacerlo llegar a los usuarios de forma ágil y eficaz, difundir la información poniéndola al servicio de la ciudadanía como un instrumento liberador de acceso a la cultura, ser caja de resonancia de las demandas sociales, son objetivos que sólo serán alcanzados con éxito si nuestra biblioteca está concebida desde una perspectiva universal y con amplitud de miras.

Cuando Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles, mandó construir la ciudad de Alejandría como modelo de sus ideales políticos, buscó la cuadratura del círculo: conciliar en ella los nítidos conceptos de la lógica aristotélica con la sensualidad de la sabiduría oriental. Para ello era preciso reunir la memoria de los pueblos y los testimonios de los desarrollos de la ciencia, es decir, todo

el saber acumulado, el saber universal contenido en una biblioteca, que sería el instrumento catalizador y armonizador del calidoscopio de culturas que atravesaban Alejandría. Ese crisol de culturas que fue Alejandría, representada fundamentalmente por su biblioteca, marcó una impronta de deseo que subyace a toda biblioteca, maravillosamente expresado en el lenguaje de la literatura por el escritor Jorge Luis Borges en “La biblioteca de Babel”: contener todos los libros escritos y por escribir organizados en una clasificación infinitamente abarcable de todo el saber. Poseer el elixir de la sabiduría representado en una biblioteca, es el deseo nunca alcanzado pero permanentemente perseguido por la humanidad para responder al reto de un futuro aún por escribir.

En sus primeras experiencias en la biblioteca de su abuelo, el filósofo Jean-Paul Sartre, siendo aún un niño y por tanto un incipiente lector, descubrió que la biblioteca se le apareció como el mundo entero reflejado en un espejo.

La biblioteca abarcaba para él las infinitas tonalidades de una realidad fácil de alcanzar pero difícil de comprender, porque los libros le iban permitiendo construir el mundo, su mundo. Así pues, la biblioteca refleja una concepción del mundo y, al mismo tiempo, permite crear nuevas concepciones del mundo, porque la biblioteca siempre es, igual que Alejandría, imaginación y creación.

Pero desde aquella Alejandría, ciudad del recuerdo como la definió Lawrence Durrell, han pasado muchos siglos. El mundo es radicalmente distinto y el saber es infinito e inabarcable. Todo ha cambiado y también han cambiado las bibliotecas. El mundo occidental ha sufrido las turbulencias y éxitos de su historia, los encantos

y desencantos del progreso.

La racionalidad

occidental pasó de ser la garantía del sentido

del universo, a

convertirse en el pasaporte a la quiebra

de ese sentido. Un mundo fracturado por

el desarrollo de la ciencia y de la técnica,

cristalizó en una realidad

inmensamente plural y

compleja. Desde la creación del Estado moderno, en cuya base se halla entre otros factores el surgimiento de la imprenta, el libro y la lectura tuvieron un papel emancipador fundamental, y el pensamiento libre de las cadenas eclesiásticas, se lanzó a la investigación científica y a la invención de las instituciones políticas que culminarían en las sociedades democráticas contemporáneas, sociedades que han llevado a cabo en los últimos 20 años el más importante desafío tecnológico marcado por el desarrollo de las



telecomunicaciones, lo cual ha ido generando unas nuevas características sociales a todos los niveles, que constituyen la semilla de lo que será nuestro futuro a corto plazo.

Si hay un término capaz de definir por sí mismo la esencia de lo que es esta nueva característica de nuestra sociedad, es sin duda

el término *globalización*.

Con él nombramos el

nuevo

fenómeno

histórico

permitido y

estimulado por

las tecnologías

de la

información y

comunicaciones que está marcando todos los ámbitos de nuestra sociedad y de nuestras vidas. Aunque el término es de origen económico y hace referencia al hecho de que cada vez más el núcleo básico de la economía que regula los ritmos y orienta la inversión y los mercados, funciona cotidianamente de una forma única a nivel planetario, es innegable que también cada vez más el núcleo de una gran parte de nuestros ámbitos de vida funciona esencialmente de forma globalizada: la ciencia y la técnica, los medios de comunicación, las actividades financieras, los

profesionales cualificados, el arte, el deporte, la música, la religión etc. dependen cada vez más de la lógica inscrita en las redes informatizadas que estructuran nuestras vidas.

Navegar en las aguas globales es un hecho ineludible, pero para que esta necesidad adquiera una dimensión potenciadora, hace falta información, hace falta educación. Por eso es absolutamente necesario que todas las instancias científicas y culturales implicadas en los desarrollos tecnológicos y en el establecimiento de las prioridades de su aplicación y utilización, hagan una reflexión en

profundidad acerca de lo que somos y hacia qué futuro queremos abocar. Las bibliotecas universitarias



y de investigación, como un eslabón fundamental en la cadena de la producción del conocimiento, están llamadas a cumplir con su parte de responsabilidad en este conjunto que es la ciencia, ya que de su capacidad de respuesta a los nuevos desafíos dependerá el mayor o menor grado de participación en la orientación de las políticas científicas nacionales.

Ahora bien, ¿cómo deben llevar a cabo las bibliotecas esta reflexión de manera que

puedan constituirse en un instrumento verdaderamente eficaz al servicio de la investigación? Desde mi propia experiencia como responsable de una de las bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (el más importante organismo público de investigación en España), creo que nuestra reflexión debe estar orientada siguiendo dos líneas. En primer lugar, debemos reflexionar sobre nuestra autopercepción. En segundo lugar, y como consecuencia de esa autopercepción, debemos reflexionar sobre cuál es el enfoque adecuado de nuestro quehacer bibliotecario como

mediadores del conocimiento.

Empezando por lo primero, es decir, por la reflexión sobre nuestra

autopercepción, yo creo que las bibliotecas deben mirarse dentro de las coordenadas de las políticas científicas nacionales de los respectivos países. Para ello, debemos empezar reflexionando sobre la nueva forma de producción del conocimiento que nos viene dada por el fenómeno de la globalización, pasando después a considerar la articulación institucional del mismo. En segundo lugar, debemos enfocar nuestra atención hacia los planteamientos cooperativos que se infieren de lo anterior para, finalmente, abordar los

nuevos aspectos que nos plantea el desafío tecnológico.

Como he señalado anteriormente, el fenómeno de la globalización está afectando todos los aspectos de nuestra sociedad. En lo que respecta a la producción científica, la incidencia de las tecnologías de la información y de las telecomunicaciones ha sido tan importante que casi podemos decir que está empezando a generarse un nuevo paradigma de la ciencia, tal como lo entiende el filósofo Thomas Kuhn. La incidencia no es sólo en cuanto a los contenidos, sino en cuanto al contexto en el que se produce el conocimiento. Puede decirse que las características más relevantes de la nueva forma de producción del conocimiento son las siguientes: el surgimiento dentro de contextos de aplicación (se produce ciencia para solucionar problemas de medio ambiente, para hacer fertilización in vitro, etc.); la interdisciplinariedad (nunca como ahora son tan relevantes las implicaciones éticas de la ciencia, por ejemplo); la heterogeneidad en la organización (el control de la organización ya no puede mantenerse encerrado en los límites de los laboratorios o en los departamentos de las universidades); el control social (nunca la ciencia ha estado, en cierto sentido, tan cerca de los ciudadanos, que toman partido sobre el debate nuclear, la disminución de la capa de ozono, los derechos de los animales etc.); y su desarrollo dentro de un entorno telemático. Esta última característica incide no sólo en la forma en que se lleva a cabo el trabajo

científico (comunicación por correo electrónico, transferencia de ficheros, teleconferencias, etc.), sino también, y esto es lo más importante, en el nuevo modo de interacción social que esta forma de trabajar está produciendo. Ya no hace falta la presencia física de los investigadores en los laboratorios para investigar, incluso los aparatos de precisión y medida pueden usarse a distancia al estar accesibles a través de Internet. Tampoco hace falta esperar a la celebración de congresos para debatir las ponencias, ya que también esto puede hacerse a distancia. En resumen, podemos hablar del surgimiento de la teleciencia, tal como lo ha caracterizado el filósofo Javier Echeverría en sus obras *Telépolis* y *Cosmopolitas domésticos*.

Pero, además, esta nueva dinámica de producción del conocimiento, presenta otra característica esencial, que es la forma en que está articulada a través de políticas científicas. El concepto de política científica es un concepto de nuestra generación, surgido a partir de la II Guerra Mundial en Estados Unidos. Con motivo de la guerra, Estados Unidos había hecho un enorme esfuerzo en la creación de laboratorios de investigación y en el desarrollo de alta tecnología. Al finalizar la guerra, se decide rentabilizar este esfuerzo con fines pacíficos poniéndolo a disposición de la sociedad civil. Para ello es preciso crear los mecanismos institucionales y financieros que permitan su desarrollo permanente. Así, en 1950, se crea en Estados Unidos la NSF

(National Science Foundation), que será el organismo encargado de fijar las prioridades de investigación del país así como de buscar y coordinar las fuentes de financiación de la misma. A partir de este momento, muchos países adoptan este modelo, que es lo que constituye lo que denominamos un sistema de I+D que no es sino el conjunto de mecanismos institucionales y financieros y de organismos públicos y privados para crear la infraestructura del desarrollo científico. Los sistemas de I+D están regulados por el pertinente organismo nacional, siempre



dependiente del Ministerio de Educación y Ciencia (sea cual sea la denominación nacional), que es el encargado de crear el Plan Nacional de I+D. En este sentido, en la era de la globalización cada vez es mayor la tendencia a coordinar las políticas científicas a nivel supranacional. En el caso europeo, es la UE la que crea los llamados Programas Marco de I+D, que marcan las pautas que han de seguir los sistemas de I+D de todos los países miembros, bajo los criterios de coordinar acciones y compartir recursos y con el

objetivo de responder a las demandas sociales. En el caso colombiano, Colciencias es el organismo que establece, coordinadamente con Venezuela y México, las pautas en el denominado Sistema de Innovación Nacional.

¿En qué medida afecta a las bibliotecas el sistema de I+D? En una medida esencial, ya que es dentro de los sistemas de I+D donde se marcan las pautas de la telemática para bibliotecas, y además es el ámbito en el que pueden participar las bibliotecas para desarrollar proyectos de investigación. En el caso europeo, cada vez es mayor la participación de las bibliotecas en los proyectos de la UE y España está teniendo una presencia cada vez mayor. Es, por lo tanto, la entrada de pleno derecho de las bibliotecas en el sistema de I+D. Teniendo en cuenta que la principal preocupación en estos momentos de los sistemas de I+D es ser

capaces de responder de forma atinada a las demandas sociales, las bibliotecas se encuentran con una oportunidad única que no deben dejar escapar de las manos, ya que son la pieza clave para detectar las demandas de la investigación a nivel informativo. Por esta razón tiene un enorme calado el hecho de que las bibliotecas se autoperciban como un eslabón dentro de estas coordinadas institucionales.

Como consecuencia de lo anterior, se produce un nuevo referente para nuestra ubicación. Se trata de la cooperación. En la era de la globalización, ya nadie puede investigar solo. La investigación y la ciencia han adquirido dimensiones planetarias. Como dije antes, coordinar acciones y compartir recursos son las líneas que marcan la investigación. Las bibliotecas también deben autopercebirse dentro de las coordenadas cooperativas. Romper hábitos de trabajo caracterizados por un fuerte individualismo ha sido un desafío para los bibliotecarios, aunque afortunadamente ya los estamos empezando a vencer. Ya no podemos autopercebirnos como bibliotecarios de nuestra biblioteca física, sino de una biblioteca virtual que tenemos que ser capaces de poner al alcance de nuestros usuarios. Esto implica pensar la biblioteca de otra manera, sabiendo que como ya no es posible tener todos los libros deseados, hay que coordinar las políticas de adquisiciones con bibliotecas similares temáticamente. Como contrapartida, hay que dedicar un enorme esfuerzo a potenciar un servicio ágil y eficaz de préstamo interbibliotecario.

La tercera coordenada básica de nuestra autopercepción viene dada por el reto tecnológico. Durante los últimos años, las bibliotecas y los bibliotecarios hemos tenido que aprender a adiestrarnos en la utilización de las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación), hemos tenido que informatizar nuestros fondos y hemos tenido que renovar nuestros sistemas. Esta primera

etapa ya está cubierta y ahora el desafío está en ese día después de las tecnologías, que está produciendo tantos cambios en todos los ámbitos de nuestras vidas, como ya dije antes. Aún nos falta aparato crítico para interpretar esa nueva realidad, pero ya empiezan a producirse los primeros atisbos de reflexión. El dato más relevante es el cambio que se ha producido en el paradigma de la comunicación. Hasta ahora, las bibliotecas eran depositarias de la información y, como proveedoras de la misma, marcaban unas pautas a las que el usuario tenía que someterse. Pero ahora cada vez son más los usuarios que tienen acceso a Internet desde sus propios ordenadores y, en consecuencia, son capaces de buscar la información. Nuestro papel de oráculo de Delfos ha llegado a su fin. Esta tercera coordenada nos lleva directamente a lo que he señalado como nuestra segunda línea de reflexión. Si nuestros usuarios son autosuficientes, o lo serán en un futuro próximo, ¿cómo debemos enfocar nuestro quehacer como mediadores del conocimiento?

Podemos decir que el papel mediador de las bibliotecas ha consistido siempre en ofrecer una “ventana” a través de la cual el usuario pudiera saber qué es lo que podía encontrar (esa ventana estaba formada por varios ingredientes: desde los paneles informativos y la señalización, hasta el catálogo y los anaqueles con los libros), en recibir la petición de información y en satisfacerla. Básicamente, esta dinámica no ha cambiado, pero sí ha

cambiado el contexto de telecomunicaciones en que ahora se realiza esta mediación. Por esta razón, nuestro gran reto es salir al encuentro del usuario en esta nueva situación, imaginando alternativas de funcionamiento a nuestro papel mediador.

Tanto los procesos técnicos como los servicios se ven profundamente afectados por la vida en red telemática, hasta el punto de que tanto el servicio de adquisiciones como el de préstamo tienen que ser a veces servicio de referencia. Es decir, el peso está en dar información, pero no la información de nuestros catálogos o de nuestras bibliotecas, sino la información de la red. Así pues, nuestra tarea radicará más bien en organizar el conocimiento impreso y el conocimiento electrónico a través de la gran puerta de entrada a la referencia, que es la página web. Esto implicará cubrir aspectos importantes, como son: generar una buena estructura clara y simple, perfectamente comprensible para el usuario. Además esta organización del conocimiento debe ser fruto de un proceso de filtración y selección muy atinado en las distintas áreas del conocimiento. La información en la red es infinita, lo que suele abrumar al usuario. Pero no siempre esa información es de calidad ni pertinente. Por eso es cada vez más importante que el bibliotecario sea un buen especialista en el área de conocimiento en la que está trabajando. Porque, además, el bibliotecario

debe crear metainformación, es decir, información sobre la información, bien por medio de boletines electrónicos o por comunicación oral. Pero, en cualquier lenguaje, el bibliotecario debe ser capaz de tener un criterio valorativo sobre los contenidos de esa información.

Finalmente, y como consecuencia de todo lo anterior, debemos reflexionar sobre el nuevo perfil del bibliotecario. Necesitamos bibliotecarios competentes, bien formados no sólo en las técnicas de la profesión, sino especializados en las pertinentes áreas del conocimiento de sus bibliotecas. Pero, sobre todo, bibliotecarios que amen los libros. Bibliotecarios que sean capaces de imaginar y crear, que sigan creyendo que la gran biblioteca universal aún sigue siendo posible a través de la red y que sigan sintiendo que, aunque todo haya cambiado, los sueños de la humanidad son eternos, que siempre buscaremos el saber universal, es decir, que estén convencidos de que **siempre estuvimos en Alejandría.**

**Julia García Maza. Jefe de Servicios de salas generales de la Biblioteca Nacional, España. Este artículo fue publicado en la Revista Interamericana de Bibliotecología, Vol. 20, num. 2, julio-diciembre de 1997. Publicación autorizada para la Agenda Cultural.*

Peripecias de las bibliotecas

Por Alberto Ruano Miranda

“El mundo, según Mallarmé, existe para un libro; o, según Bloy, somos versículos o palabras o letras de un libro mágico, y ese libro incesante es lo único que existe en el mundo: es, mejor dicho, el mundo”

“El culto de los libros” de Jorge Luis Borges

Nos enseña Zarathustra —criatura de Nietzsche— que el amor a los libros, como las otras clases de amor, puede entrañar cierta dosis de locura. Delirios refinados o desenfrenos, visiones apocalípticas o, por el contrario, universos de literatura absoluta se han asociado irremediamente a las lecturas y a la escritura de los libros. No fue por una razón diferente a ese apasionamiento

inmoderado que Apolodoro, autor de Biblioteca pudo insertar un epígrafe elocuente al comienzo de su obra. La inscripción no carece de gracia y, sobre todo, de un risueño candor:

La sucesión de los tiempos la podrás



conseguir a través de mi erudición y podrás conocer las fábulas antiguas. No habrás de mirar en las páginas de Homero, ni en la elegía, ni en la musa trágica, ni en la poesía mélica, ni buscar en la obra sonora de los poetas cíclicos, sino sólo mirarme y encontrarás en mí todo lo que contiene el mundo .1

Ese afán inagotable por condensar todo el saber de los hombres en un solo lugar, sea en la propia obra, como es el caso de Apolodoro o, como lo fue para los fundadores de la Biblioteca de Alejandría, al pretender reunir todos las copias de libros escritos en el orbe —en tablillas, en rollos de papiro o pergaminos— distingue la desmesura propia de los bibliófilos o amantes de la palabra escrita.

Una pasión llamada biblioteca

Los Ptolomeos, en particular Filadelio, reyes de Egipto y fundadores del Mouseion con su Gran Biblioteca en Alejandría, realizaron esfuerzos asombrosos para la adquisición de libros. Su propósito fue el de agrupar toda la literatura escrita en la antigüedad. La “Carta de Aristeo” , del siglo II a.C. nos brinda el testimonio más vivaz de esa fiebre devoradora por los libros. El autor afirma:

Demetrio de Falero (el encargado de las compras en Grecia) recibió sumas importantes para la adquisición, en la medida de lo posible, de todos los libros existentes en el mundo. Mediante compras y

transcripciones, logró cumplir la voluntad real hasta el límite de sus posibilidades. Yo estaba presente cuando se le preguntó: “¿Cuántas decenas de miles de volúmenes hay?” Respondió: “Más de veinte, majestad, pero voy a realizar todas las diligencias necesarias para llegar a los quinientos mil. 2

Pasión desmedida, decía, fiebre bibliográfica. Pudieron llegar a 700.000 las obras reunidas en la Biblioteca de Alejandría; se compraban, se requisaban de “los fondos de los barcos”, se confiscaban, se solicitaban a los gobernantes de otras latitudes para que los escribas procedieran a su copia, los correctores a comentar los textos; aunque no siempre —como suele suceder aún en la actualidad— los originales eran devueltos. En todo caso, a la par de los libros, en el Mouseion, aledaño a la Biblioteca y ambos ubicados en los palacios del rey, se convocaron a los más grandes maestros, filósofos y sabios de la época para impartir sus enseñanzas. La ciudad fundada por Alejandro Magno, Alejandría de Egipto, fue, durante varios siglos, el lugar más importante y más alto de las ciencias y las artes para el mundo antiguo. En ella se concentró el legado de la Grecia clásica y del helenismo. Pero las pretensiones iban más lejos...

Un diálogo entre Juan el gramático y el sultán Amr, en el primer siglo de la hégira musulmana (siglo VII d. C.) nos ilustra

acerca del espíritu universalista de la Biblioteca de Alejandría:

Un día el rey le preguntó a Demetrios: “¿Crees que todavía existen libros de ciencia sobre la Tierra de los que no dispongamos?” “Sí”, respondió Demetrio, “todavía existen muchos de ellos en Sind (es decir, el Norte de la India), en la India, en Persia, Georgia, Armenia, Babilonia, Mosul y Grecia”. El rey, atónito al oír esto, dijo: “Continúa reuniéndolos”. Siguió así hasta su muerte y esos libros han sido guardados y conservados por los reyes y sus sucesores hasta nuestros días.³

La destrucción de la Biblioteca, luego de largos siglos de paciente y fervorosa recolección de libros, llega por una orden distante dada por el califa a uno de sus súbditos, el sultán Amr, a quien Juan el gramático había solicitado el obsequio de las “cosas inútiles”, es decir, de los “libros del saber”:

Amr respondió: “No puedo disponer de esos libros sin la autorización del califa”.

Escribió entonces una carta al califa Omar, el cual contestó: “A propósito de los libros que mencionas, si lo que allí se encuentra escrito es conforme al Libro de Dios, no son necesarios; y si son contrarios, son inútiles. Así pues destrúyelos.⁴

De ese radicalismo en el atesoramiento de libros, que llevó siglos, o el similar extremismo en su destrucción por el fuego, que fue obra de un día, podríamos colegir junto a Petrarca, autor del siglo XIV de

nuestra era, que “ los muchos libros a unos hicieron sabios, a otros locos ”.

El incesante libro del mundo

Más de un autor ha prolijado el deseo de una bibliografía infinita. Sueños de bibliotecas sin término, máquinas de escritura automática capaces de consumir el universo de las palabras, utopías encuadradas, muchas veces, en los sobrios volúmenes de las obras dadas a la lectura. Tal proliferación editorial, sea deseada, temida o aborrecida, ha insuflado las imaginaciones en todos los tiempos. Jonathan Swift en sus *Viajes de Gulliver* (publicado en Londres en 1726) incluye la descripción de un artefacto literario, en la sarcástica “ Academia científica de conocimientos especulativos de Lagado ”, uno de los lugares más ingratos de los visitados por el héroe de la narración.

En esa ficción, Swift describe el “tablero de la sapiencia”, formado por piezas “en forma de dados”, en cuyas caras estaban escritas, en el desorden, todas las palabras de la lengua. Al azar, como en una lotería, se sorteaban los vocablos y los miembros de la mentada academia procedían a leer las frases que se transcribían, de ese modo, en las páginas de los libros.

Durante seis horas diarias los estudiantes se dedicaban a esta actividad y el profesor me mostró varios volúmenes en gran folio, en los que se habían reunido frases trucas que pensaba completar y unir, y con todo

este rico acervo, ofrecer al mundo una obra completa sobre las artes y las ciencias. 5

Naturalmente, la intención de Swift, en este pasaje de *Los viajes de Gulliver*, es la de burlarse de la literatura producida por sus contemporáneos en Inglaterra (él mismo era irlandés pero vivía en Londres). En el tablero de la sapiencia es el azar aritmético —y no el pensamiento, el ingenio o la elocuencia— quien redacta y combina las palabras que formarán los libros. Una manera de demostrar cómo una gran cantidad de obras puede hundirse en un mar de estupidez por la pobreza mecánica de su concepción. Representación paradójica, si se quiere, del fin de la era de los libros no por medio de la destrucción física de tomos, sino por el fenómeno contrario: la sobreabundancia de obras, en su mayoría huevas y sin contenido.

El mismo bibliófilo Petrarca se lamentaba porque “ cada día hay más que hacen libros y cada día lo hacen peor ”, como si la cantidad abrumase las calidades de las obras y, por esa razón, no encontró tan deplorable el incendio de la Biblioteca de Alejandría. Después de todo, el afán por escribir libros, y así los sostiene en su *De los remedios contra próspera y adversa fortuna*, es casi una condena a la pobreza y las desventuras del sano juicio.

Las obras de los autores citados, las que no se citaron pero que existen, los libros que aún no existen, los que fueron y se perdieron, cada uno de ellos podría resultar

ser — mal que nos pese— un número entre los infinitos números del universo, como lo comprendió Swift, como lo intuyó Pitágoras (quien por cierto no nos dejó ningún escrito) o el sabio Galileo al pretender leer, en el gran libro del cosmos o la naturaleza, los secretos de la creación. Dios —es una posibilidad— podría ser una inmensa biblioteca universal e inescrutable, tal como quizás, alguna vez, uno de los reyes egipcios soñó en Alejandría.

El universo que otros llaman la biblioteca

Con una fina ironía, Jorge Luis Borges supo reunir esa paradoja del amor por la literatura y las bibliotecas con el estremecimiento de la multiplicación desconcertante de obras impresas. A su conocida sentencia: Todo libro es sagrado se suma aquella confesión en donde equipara el paraíso con la biblioteca, el ámbito sereno donde los libros hacen sentir su presencia y su gravitación. De ese mismo material bibliográfico de sus sueños construye una apacible pesadilla titulada: “ La biblioteca de Babel ”, cristalización de una biblioteca total que reúne todas las obras posibles mediante la combinación matemática de todos los signos: “ El Universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales ...” 6

Semejantes en apariencia son los volúmenes de esa biblioteca total: mismo

número de páginas, de signos por renglón, de renglones por folio. Los veinticinco símbolos ortográficos agotan todas las variaciones imaginables. Uno de los libros, por ejemplo,

(...) constaba de las letras M C V perversamente repetidas desde el renglón primero hasta el último. Otro (...) es un mero laberinto de letras, pero la página penúltima dice Oh tiempo tus pirámides. Ya se sabe: por una línea razonable o una recta noticia hay leguas de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias .7

Si bien en la biblioteca no hay dos libros idénticos, cualquier variación en cualquiera de sus símbolos justificaría un volumen distinto. Insospechados serían entonces los alcances de la biblioteca absoluta. En alguno de todos los libros estaría, por ejemplo, la narración de un accidente que ocurrirá mañana y además existirían, ocultos quién sabe dónde, varios millares de narraciones apócrifas, otras distorsionadas, de ese mismo hecho y de otros similares, como todos los sucesos del pasado y del futuro, con sus respectivas interpretaciones y símiles adulterados.

Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de estos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basílides, el

comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas... 8

Resultaría imposible combinar caracteres que la biblioteca no hubiera previsto y aunque la primera sensación sería de felicidad, por disponer de todos los libros imaginables, luego comprenderíamos la probabilidad infinitamente pequeña que tendríamos de ubicar el libro buscado. En el cuento, esa improbabilidad genera una inmensa angustia y desesperanza.

Tal Biblioteca de Babel, en nuestra época cibernética de internet e interacción planetaria, sería quizás posible y, de concretarse, nos invadiría seguramente un vértigo insondable, de tristeza, ante el aluvión tipográfico. La Biblioteca total, concebida por Borges, es un término ideal y de ningún modo nos aseguraría la dicha o algo parecido, tal como sucedería con una biblioteca absoluta en internet. Por el contrario, sembraría una mayor apatía en los espíritus, el agotamiento de la creación, la invención no encontraría ningún lugar, las energías se dedicarían a encontrar en la maraña de vacuidades el grano de saber, de literatura, capaz de justificar un instante de felicidad.

Retorno a Alejandría

El sueño de reunir el saber de los hombres en una gran biblioteca sigue latente. Naturalmente cuando pensamos esa vocación por agrupar todos los libros

escritos (los meramente reales) en un solo sitio, nuestra atención se vuelca al recuerdo de la Biblioteca de Alejandría, su múltiple destrucción por el fuego (la primera, parcial fue provocado por el ejército de Julio César, la definitiva, como vimos, por orden del califa Omar). Jorge Luis Borges le consagró un poema perteneciente al libro *Historia de la noche* y que aquí se reproduce:

Alejandría, 641 A. D.

*Desde el primer Adán que vio la noche
y el día y la figura de su mano,
fabularon los hombres y fijaron
en piedra o en metal o en pergamino
cuanto ciñe la tierra o plasma el sueño.
Aquí está su labor: la Biblioteca.
Dicen que los volúmenes que abarca
dejan atrás la cifra de los astros
o la arena del desierto. El hombre
que quisiera agotarla perdería
la razón o los ojos temerarios.
Aquí la gran memoria de los siglos
que fueron, las espadas y los héroes,
los lacónicos símbolos del álgebra,
el saber que sondea los planetas
que rigen el destino, las virtudes
de hierbas y marfiles talismánicos,
el verso que perdura la caricia,
la ciencia que descifra el solitario
laberinto de Dios, la teología,
la alquimia que en barro busca el oro
y las figuraciones del idólatra.
Declaran los infieles que si ardiera,*

*ardería la historia. Se equivocan.
Las vigilias humanas engendraron
los infinitos libros. Si de todos
no quedara uno solo, volverían
a engendrar cada hoja y cada línea,
cada trabajo y cada amor de Hércules,
cada lección de cada manuscrito.
En el siglo primero de la Hégira,
yo, aquel Omar que sojuzgó a los persas
y que impone el Islam sobre la tierra,
ordeno a mis soldados que destruyan
por el fuego la larga Biblioteca,
que no perecerá. Loados sean
Dios que no duerme y Muhammad, Su
Apóstol 9*

Alberto Ruano Miranda. Sociólogo.
Docente de la Universidad Jorge Tadeo
Lozano y de la Universidad Central. Este artículo fue publicado en “La Tadeo” Nº 65, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano UJTL, primer semestre 2001. Publicación en la *Agenda Cultural* autorizada por el Autor.

Notas

1 Según el resumen del patriarca Focio, de Bizancio, quien además dio nombre al libro de Apolodoro, como Biblioteca, es decir, en este caso: “una obra que puede ser utilizada como una especie de biblioteca”.

2 Transcrito por el historiador árabe Mustafá El-Abadi en su libro *La antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino*, Unesco, París-Madrid, 1994, pág. 103.

3 *Ibid*

4 *Ibid*

5 Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver* .

México, Porrúa, 1988.

6 Jorge Luis Borges. “La biblioteca de Babel”, en: *Obras completas vol. 1*, Buenos

Aires, Emecé, 1989, p. 465.

7. *Ibid*, p. 466.

8. *Ibid* , p. 467.

9. Jorge Luis Borges. *Historia de la noche* .

Buenos Aires, Emecé, 1977.

Trayectoria de la biblioteca pública en Medellín

Por Orlando Jaramillo y Mónica Montoya

Medellín cuenta con una trayectoria bibliotecaria de más de cien años; su origen se remonta a finales del siglo XIX, cuando se pensó en la biblioteca como estrategia para el desarrollo de las políticas educativas y las consecuentes alfabetización y escolarización de los medellinenses. Durante 130 años la ciudad vio nacer alrededor de nueve proyectos bibliotecarios públicos, algunos de los cuales aún existen en la ciudad y han sido referente educativo, cultural e informativo, no sólo para el país, sino para América Latina.

A continuación se presenta un panorama de la biblioteca pública en la ciudad.

Biblioteca del Estado Soberano de Antioquia : primera biblioteca pública (1870 -1881)

La génesis de la biblioteca pública en Medellín se remonta a la promulgación de disposiciones educativas en el período comprendido entre 1863–1886, lapso en el cual la instrucción pública se consideró pilar fundamental para el desarrollo político,

económico y social, y como una oportunidad de formar y fomentar un espíritu de unidad nacional. Con tal propósito se incrementó el número de instituciones educativas y de alumnos matriculados en las escuelas públicas; situación propicia para que el Estado Soberano de Antioquia pensara en la fundación de una biblioteca de apoyo y fomento a la instrucción pública.

En 1870, Medellín contaba con 29.765 habitantes. El Presidente del Estado Soberano de Antioquia, Don Pedro Justo Berrío, amparado en el Decreto Orgánico de la Instrucción Pública Primaria, creó diversas instituciones educativas, entre ellas la Escuela Normal, la Escuela de Artes y Oficios y la Biblioteca del Estado.

La biblioteca se conformaría, inicialmente, con las obras que el gobierno comprara con la totalidad de lo recaudado por el derecho de matrícula en el Colegio del Estado, así como con las donaciones de los estudiantes y los libros mismos del Colegio del Estado; además de las donaciones del gobierno nacional y de

los particulares, y con los libros de las bibliotecas privadas que se vendían tras la muerte de sus dueños. Revestían valor e importancia para la Biblioteca las publicaciones oficiales, literarias y científicas provenientes del gobierno nacional, así como los manuscritos relativos a la historia, la industria y la geografía del país.

La Biblioteca del Estado fue la primera intervención estatal en materia de bibliotecas públicas en Medellín, considerada y concebida como una estrategia para “el progreso moral e intelectual del Estado ” y como “ un lugar accesible a la juventud estudiosa y a todo lo que debe contribuir para la ilustración, y conocimientos en las ciencias y en las artes ” .1 A pesar de las dificultades generadas por las guerras y la carencia de presupuesto para pagar un bibliotecario, la Biblioteca del Estado logró permanecer en funcionamiento durante una década.

Biblioteca de Zea : una opción para universalizar el conocimiento (1881-1951)

En el año de 1879 el Coronel Martín Gómez elevó un Derecho de Petición a la Asamblea del Estado Soberano de Antioquia con el ánimo de fundar, en la ciudad de Medellín, un Museo Histórico, sustentando que éste sería “signo de cultura y civilización” . Ante esta solicitud, la Asamblea del Estado concedió un local en la Casa de Gobierno y el respectivo permiso para su fundación.

Gracias a la Ley CXVIII de noviembre 29 de 1881, por medio de la cual se creó el Museo de Zea y se ordenó anexas la Biblioteca del Estado, tal como lo estipulaba el Artículo 3 de dicha Ley, se hizo posible la entrega de las colecciones de la Biblioteca del Estado para la conformación de una sola institución: Museo y Biblioteca de Zea, con dependencia de la Secretaría de Gobierno. Manuel Uribe Ángel, como uno de los impulsores de la biblioteca, expresó:

Había en el Colegio Académico de Antioquia, que con el tiempo ha venido a ser la ilustre Universidad que hoy nos sirve de honra, unos pocos volúmenes de libros religiosos y científicos, en ruinas una parte e incompletos con raras excepciones, y habían unos documentos curiosos reunidos a merced a la actividad patriótica del Coronel Martín Gómez, para que diera voz de aliento a la empresa que perseguía con ahínco, obtuvo de él que le concediera reducido local para depositar y exhibir lo colectado hasta 1881. 2

De hecho, el Museo y Biblioteca de Zea “es inaugurado el 20 de julio de 1882 bajo la dirección de Manuel Uribe Ángel” en la antigua Casa de Gobierno ubicada en la calle Calibío. El Museo inicia labores con un patrimonio de objetos históricos provenientes de la colección del Coronel Martín Gómez, de Manuel Uribe Ángel y de las donaciones de particulares; la Biblioteca se inició “con un buen número de libros y una colección de los primeros periódicos publicados en el país” y

con horario de atención al público en horas extremas: de 6:00 a.m. a 9:00 a.m. y de 4:00 p.m. a 9:00 p.m.

El Director del Museo y Biblioteca de Zea, Manuel Uribe Ángel, en un intento por enriquecer la Biblioteca convocaba a la comunidad, a los empresarios y a los intelectuales de la ciudad (por medio de periódicos, revistas y circulares) a donar materiales que consolidaran y facilitaran el funcionamiento de la institución:

El Gobierno de Antioquia y el Director de la Biblioteca y Museo de Zea, suplican á los redactores tanto de revistas como de periódicos del Departamento y fuera de él, que tengan la bondad de enviar con dirección a la Biblioteca y Museo un número de todo lo que publiquen, pues con esto harán señalado servicio á la causa de la instrucción pública.

3

Como incentivo a quienes donaban libros se incluían en listas de donantes y de libros recibidos por la Biblioteca, las cuales eran publicadas en el Boletín Oficial y en el periódico El Espectador.

La transición del siglo XIX y el XX no fue nada alentadora para el Museo y Biblioteca de Zea, tanto por razones económicas como por el uso del espacio para fines diferentes, tal como sucedió con la Guerra de los Mil Días (Conflicto entre liberales y conservadores librado entre 1899 y 1903) que obligó al cierre

de la institución; así lo reseña una de sus últimas directoras, Enriqueta Seculi: “ La Guerra de los Mil Días que empezó en octubre de 1899 fue fatal para el Museo y Biblioteca: un tiempo fue cuartel o al menos alojó soldados”⁴. La ocupación del espacio de la Biblioteca produjo la pérdida de parte de las colecciones. Razón que llevó a que en varias oportunidades la Biblioteca estuviera bajo la dirección de la Rectoría de la Universidad de Antioquia.

A pesar de que en 1930 la Biblioteca ocupó un espacio en la nueva sede del gobierno departamental y pese a que experimentó un considerable aumento en el número de usuarios, dos años después comenzó un proceso de deterioro y decaimiento, hasta la sanción del Decreto 977 de 1950 mediante el cual se dio el traslado legal y definitivo de la Biblioteca a la Universidad de Antioquia, con excepción de la colección de jurisprudencia que pasó al Archivo Departamental. Actualmente, los libros, folletos y periódicos de la Biblioteca de Zea conforman las colecciones patrimoniales de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia.

Biblioteca de la Sociedad de San Vicente de Paúl : un proyecto social para mantener la moral y las buenas costumbres (1886-1895)

Para finales del siglo XIX, la Sociedad de San Vicente de Paúl inició un proyecto de organización de una biblioteca gracias a la donación de libros de algunos socios en 1886.

Esta Biblioteca funcionó con una misión acorde con la filosofía de carácter religioso y de servicio humanitario de la institución .

a biblioteca es el complemento necesario de toda empresa que tienda a difundir la instrucción cristiana y alguna cultura entre las clases pobres. Por eso vemos a nuestros consocios acudir a sus depósitos para formar un núcleo de libros, ya religiosos, ya instructivos, ya amenos, todos ellos útiles, que los socios difunden luego entre las familias que visitan. 5

La Biblioteca contó, en su primer año de funcionamiento, con una colección de 300 volúmenes, existencia que incrementó progresivamente gracias a donaciones y compras. Se mantuvo bajo la modalidad de biblioteca de alquiler, sorteando su permanente inestabilidad con las pérdidas que dejaba.

La decisión de cerrar la Biblioteca fue tomada por la Sección Docente en el mes de agosto de 1895 y se procedió poner a la venta los libros y el mobiliario. Para tal efecto, se publicaron anuncios en los periódicos y revistas locales .

No obstante la decisión de cierre de la Biblioteca, la Sociedad manifestó su confianza en que: “La buena lectura es uno de los bienes más preciosos de que pueda disfrutarse y la mala uno de los más peligrosos que pueda tener un alma”. 6 Por lo tanto, la tarea constante de la Sociedad fue la

invitación permanente a la lectura, en especial de obras formadoras de la moral.

Biblioteca Pública Municipal , luego Biblioteca Santander: un proyecto liberal (1921- 1952) La

Biblioteca Pública Municipal surgió en un momento de consolidación y transformación económica y cultural de Medellín. Creada mediante el Acuerdo Municipal No. 123 de 1921, comenzó a funcionar a partir de 1922 en el Barrio Lídice (ubicado en el sector que actualmente se conoce como Zona Nororiental, barrio Manrique) con libros y materiales donados por particulares de la sociedad de Medellín.

El papel que tuvo la Biblioteca se evidencia en la invitación que María Cano, una las primeras mujeres de Medellín y de Antioquia destacada en la política y las luchas obreras de la época, hacía a los obreros a utilizar la Biblioteca Municipal:

Yo quiero que gustéis conmigo el placer exquisito de leer. Al paso de mi vida frente a vuestra vida sencilla y noble, mi alma os ha sonreído muchas veces al contemplar la avidez con que saciáis vuestra hambre de leer. Hambre sagrada. Estrella en la ruta sombría. Y he pensado en vosotros. He querido a nuestro lado sentir los bellos libros. Hay una biblioteca del Municipio a la que tenéis entrada. Acaso muchos lo ignoráis;

acaso ninguno ha encendido en vosotros ese anhelo, ninguno os ha mostrado del rico tesoro a que tenéis derecho. Yo he conseguido se me permita llevar allí los bellos libros que he saboreado. Y aún más, se me ha prometido enriquecer más la biblioteca con libros que serán fuentes de bien para vosotros. ...Yo os invito a que vayáis todos. Los ancianos y los niños me tendrán a su lado para ayudarles. Leeré a los que no puedan hacerlo . 7

En 1940, según el Acuerdo no. 10 del 4 de mayo, se da un cambio de nombre: “La Biblioteca Municipal se denominará en lo sucesivo Biblioteca Santander, en homenaje al centenario de la muerte de Santander y procederá a la adquisición de las obras del General Santander”. 8 Paralelo al cambio de nombre, se da el traslado de la Biblioteca a la Secretaría de Gobierno.

La Biblioteca Santander representó un aporte en el desarrollo de los servicios bibliotecarios públicos de Medellín, al prestar sus servicios durante treinta años, en medio de constantes dificultades de orden económico y político.

Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina: un proyecto modernizante de la Unesco (1952-)

En la Conferencia General de la Unesco, celebrada en Bangkok en 1950, se discutió la propuesta de crear bibliotecas públicas de carácter piloto en diferentes regiones del mundo, que sirvieran como modelo para la

creación de servicios bibliotecarios públicos en los países en vías de desarrollo, en concordancia con los planteamientos del Manifiesto Unesco de 1949: “La Biblioteca Pública, fuerza viva para la educación popular”.

Es así como en 1951 se inició el proyecto con la creación de la Biblioteca Pública Piloto de Nueva Delhi (India) y se decidió crear otra en un país latinoamericano, para lo cual la se realizó una convocatoria para seleccionar dicho país:

El proyecto de América Latina se desarrollará en una ciudad característica de tipo medio, rodeada de una zona rural en la que se esté llevando a cabo un programa de educación fundamental. El lugar será designado por el Gobierno en colaboración con la UNESCO. Sería conveniente que la región tuviera una lengua en común y que existiera en esa lengua una considerable literatura. 9

Por su parte el Secretario de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín (SMP), enterado de laconvocatoria UNESCO, inició la gestión con el gobierno local, nacional y con la organización internacional, con el fin de que la ciudad se constituyera en la sede del Proyecto (el principal argumento que esgrimía para tal solicitud era la consideración de la ciudad como: “el centro más grande de la industria Colombiana y a sus trabajadores les conviene inmunizarse contra el comunismo”).

Para 1951 la población obrera de Medellín era de 250.000 trabajadores, además de la población infantil y de amas de casa que se beneficiarían con este proyecto bibliotecario.

Luego de considerar diferentes ciudades como posibles sedes, el gobierno departamental y municipal, los industriales y los miembros de la Sociedad de Mejoras Públicas decidieron, mediante acuerdo suscrito en 1952, que Medellín fuera la sede del proyecto.

La Biblioteca Piloto comenzó a prestar servicios en el año de 1954, en un local prestado y con sus colecciones técnicamente organizadas (fue la primera en disponer de una colección totalmente organizada con el Sistema de Clasificación Decimal Dewey), personería jurídica, un amplio horario de atención, de 9:00 a.m. a 12:00 m. y de 3:00 p.m. a 10:00 p.m. y una sala infantil con materiales, muebles y decoración apropiada para este grupo poblacional.

En materia de servicios innovó con los servicios bibliotecarios móviles: un bibliobús que realizaba 48 paradas semanales en fábricas, escuelas y barrios, con siete bibliotecas sucursales, ocho puestos de lectura y seis salas de lectura; y con actividades culturales: talleres, capacitación a los obreros, conferencias, lecturas en voz alta, cine y recitales, toda una novedad para la época. De igual manera, inició el préstamo gratuito de materiales que facilitarían la lectura en espacios diferentes a las instalaciones de la

biblioteca, para ello carnetizó a los usuarios. Con relación a la difusión de sus servicios, utilizó diferentes formas publicitarias: avisos en el aeropuerto, en las estaciones del ferrocarril, en los buses y las terminales de transporte, en las instituciones comerciales, en los comerciales del cine y también volantes que eran entregados directamente en las casas.

La incidencia de la Biblioteca Pública Piloto en el desarrollo de los servicios bibliotecarios públicos de la ciudad, se refleja en el apoyo y asesoría al desarrollo de las bibliotecas públicas, tanto de la ciudad como del país. Finalizando el siglo XX, la Biblioteca hace presencia en diferentes barrios y corregimientos de la ciudad con cinco filiales, con la modernización de servicios, la ampliación de cobertura y como un modelo de biblioteca pública para el país y América Latina. Pese a sus logros y trayectoria, la Biblioteca enfrenta situaciones desventajosas para su funcionamiento como amenazas de cierre, medidas de austeridad y dificultades de orden público.

Bibliotecas populares : un aporte de las comunidades (1950-)

La construcción y desarrollo de la biblioteca popular en la ciudad de Medellín se constituyó en una alternativa para satisfacer las necesidades educativas y culturales de la población. Su principal antecedente fue la creación de bibliotecas públicas en sectores populares de Medellín, como las creadas por

la Congregación Mariana y la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. La Congregación Mariana generó la propuesta pedagógica denominada Repúblicas Juveniles en los barrios donde tenía actividades pastorales, de enfoque social (Guayabal, Cristo Rey y Robledo, Córdoba), el cual incluyó el servicio de biblioteca, que sería reconocido y asumido por la comunidad, años más tarde, cuando la Congregación Mariana retiró sus servicios de los barrios.

Entre 1952 y 1954 fueron instaladas otras bibliotecas en los barrios Manrique y Campo Valdés dentro de los programas de extensión de la Biblioteca Pública Piloto y con el apoyo de la Sociedad de Mejoras Públicas SMP, bibliotecas que funcionaron en los centros cívicos creados por la SMP y orientaron los servicios a las familias de los obreros, trabajadores informales y desempleados.

Las bibliotecas populares cierran el siglo XX con el apoyo de organizaciones y entidades no gubernamentales acompañadas de nuevas formas asociativas. Igualmente, reaparecen otras instituciones como la Sociedad San Vicente de Paúl que revive su apoyo a la educación de la población obrera y de sus familias, la Fundación Solidaridad por Colombia, la Fundación Solidaria La Visitación, Comfenalco y la Fundación Papeles Familia.

Red Departamental de Bibliotecas Público-Escolares y Casas de la Cultura de

Antioquia : un esfuerzo por el trabajo en colaboración y por la expansión de los servicios bibliotecarios (1972-)

La Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia creó en 1972 la Red Departamental de Bibliotecas Público-Escolares y Casas de la Cultura de Antioquia fecha en la cual dieciséis municipios del Departamento tenían biblioteca pública.

Con esta iniciativa se buscaba la creación, consolidación y dinamización de una biblioteca pública en cada uno de los municipios del departamento de Antioquia, propósito que se materializó con la creación de bibliotecas y casas de la cultura en diferentes municipios del Departamento y el desarrollo de servicios bibliotecarios móviles (en el Bajo Cauca, Magdalena Medio, Nordeste y Suroeste). La Red logró crear en el departamento de Antioquia cerca de 400 bibliotecas, entre públicas y escolares.

La Biblioteca como compensación familiar : Bibliotecas Comfama y Bibliotecas Comfenalco

Las bibliotecas de las cajas de compensación familiar se constituyen en un aporte significativo al desarrollo bibliotecario, no sólo de la ciudad sino del país. A partir de 1968, la Caja de Compensación Familiar de Antioquia Comfama- comenzó a diversificar sus servicios, es así como para 1974 Comfama planea la creación de una biblioteca pública

en la ciudad, con el fin de “apoyar la educación en los niveles básicos primaria y secundaria y atender la población en general” 10 , propósito que se concretó en 1975 con la creación de la Biblioteca Comfama. En respuesta a la alta demanda de los servicios y con el ánimo de vincular, en forma más integrada, los programas culturales y del centro de capacitación Comfama inicia la descentralización de sus servicios con cinco bibliotecas satélites, todas ellas con amplios y confortables espacios que permiten el desarrollo de diversas actividades.

Por su parte, Comfenalco, comenzó a cristalizar la prestación del subsidio familiar en servicios e inició el proyecto de creación del Edificio Club de Empleados del Comercio propuesto en la asamblea de 1974. Durante el período 1977-1978, Comfenalco inició el montaje de la biblioteca “Héctor González Mejía” que comenzó a funcionar en Mayo de 1979. Con tan sólo un año de servicios (1980), la Biblioteca logró un posicionamiento en la ciudad expresado en el número de usuarios que la visitaban y que obligó a pensar en la ampliación a otro piso del Club de Empleados Comfenalco de la Playa y para esta misma década comenzó un proceso de expansión y descentralización de los servicios y de cambios esenciales en el desarrollo bibliotecario de la ciudad y el departamento.

Red Municipal de Bibliotecas Público Escolares de Medellín : un aporte para la

optimización de los recursos bibliotecarios de la ciudad (1984-)

El aporte del Municipio de Medellín al desarrollo de una infraestructura de servicios bibliotecarios públicos se da en el año de 1984, con la promulgación del Acuerdo 032 que creó el programa Red Municipal de Bibliotecas Público-Ecolares, con dependencia del Departamento de Educación de la Secretaria de Educación, Cultura y Recreación de Medellín. La creación de la Red Municipal respondió a la urgencia de contar con una infraestructura bibliotecaria, que subsanara la demanda de servicios bibliotecarios públicos por parte de los estudiantes, en primera instancia, y luego de la comunidad en general, de ahí que la propuesta inicial de la Red fue crear en cada Núcleo Educativo servicios de bibliotecas que se irradiaran en las zonas de influencia del núcleo. A la fecha la Red cuenta con siete bibliotecas y con el programa de formación de lectores.

Parques Biblioteca

El siglo XXI trae para la ciudad un cambio significativo en la manera de concebir y usar de manera integral el espacio público. Es así como la actual Administración Municipal, con la asesoría de instituciones líderes en el desarrollo bibliotecario, se propone crear un nuevo modelo de servicios bibliotecarios públicos: los Parques Biblioteca, denominados también Megaproyectos

bibliotecarios, modelo que Bogotá tiene desde el año 2001. Por primera vez las bibliotecas son consideradas parte del equipamiento básico de la ciudad, esperando que éstas sean apoyo para hacer de Medellín una ciudad más educada y cultural, así como espacios de información, conocimiento y encuentro.

Notas

1 “La biblioteca del Estado”, En: *Boletín oficial: Órgano de Gobierno* . Medellín. No. 336 (1870), p. 60

2 Enriqueta Seculi Bastida. “Reseña documentada y vida del Museo de Zea desde 1891 hasta 1946”, en : *Revista Progreso* , nro 77 (1946), p. 2253

3 Manuel Uribe Ángel. “Museo de Zea”, en: *El Espectador* , Medellín, 17 de mayo de 1891, p. 1.

4 Enriqueta Seculi, Op. Cit., p. 2263.

5 *La Sociedad San de Vicente de Paúl: Una casa en la montaña,*. Medellín : S.n, 189?. p. 387.

6 *Ibid.* p. 16.

7 Miguel Escobar Calle. *María Cano: escritos* . Medellín, Ediciones Extensión Cultural Departamental, 1985. p.133.

8 Archivo Histórico de Medellín. *Crónica Municipal*, No. 1940, Medellín, 1940, p. 5021.

9 Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Proyecto piloto de biblioteca pública en América Latina. París, Unesco, 1952. p. 2.

10 Patricia Lemarie de Leyva. “La descentralización de los servicios bibliotecarios para una población urbana”, en: *Revista Interamericana de Bibliotecología* . Medellín, Vol. 13, No. 1, ene.- jun. 1990), p. 61.

*Orlanda Jaramillo y Mónica Montoya. *Bibliotecólogas. Profesoras en la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia*. Este texto es un fragmento de la investigación *Historia de la biblioteca pública en Medellín durante el siglo XX*. La *Agenda Cultural* cuenta con la autorización de las autoras para su ajuste y publicación.